



EL HOMBRE PERFECTO

Annie Besant

EL HOMBRE PERFECTO

POR

Mrs. ANNIE BESANT

PRESIDENTE DE LA S. T.

TRADUCIDO POR

D. LUIS AGUILERA

M. S. T.

PRIMERA EDICION



**DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:
EDITORIA Y DISTRIBUIDORA MEXICANA
APARTADO POSTAL 1975
MEXICO 1, D. F.**

© Derechos reservados conforme a la ley por
GOMEZ GOMEZ HNOS. EDITORES, S. de R. L.
Moneda 19-B. — México 1, D. F.
Registro de la Cámara de la Industria
Editorial 1046

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

EL YOGA ⁽¹⁾

Con gran placer me vuelvo a encontrar otra vez entre mis amigos de París, siempre bien acogida, así como tan benévolos para las numerosas faltas que cometo al hablar la hermosa lengua francesa, la cual sólo uso cuando me encuentro entre vosotros.

Durante estos tres días, me impongo una ta-

(1) La palabra sánscrita *Yoga* sabemos que significa unión, bien sea con algún ser o con algún objeto; desde el punto de vista de la práctica, la palabra significa también el medio de realizar dicha unión. En el caso presente y generalmente en Teosofía, el *Yoga* determina la unión del hombre personal con la parte más elevada de su ser. Cuando la ascensión se limita a los planos conexos de la conciencia ordinaria, el método que afecta a la personalidad es llamado *Hatha Yoga*, y cuando se refiere a la superior es llamado *Raja Yoga*, y de este modo puede seguirse indefinidamente...

Este es el significado de la palabra; pero nosotros sabemos que la Teosofía no preconiza más que el *Raja Yoga*.

rea bastante difícil de cumplir. En efecto: debo hablaros de lo que se llama el Yoga.

Esta tarde prefiero haceros algunas *indicaciones preliminares*, a fin de precisar con antelación algunos puntos, y aclarar ciertas ideas, sin las cuales no se podría comprender ni la teoría ni la práctica de lo que denominamos el Yoga.

Temo que este tema sea un poco árduo; pero, sin embargo, a estudiantes como vosotros, se les puede hablar de asuntos algo difíciles, que debéis estudiar y podéis comprender.

El Yoga no es una práctica ininteligible y aislada en la vida humana; tampoco es una cosa cualquiera sobrehumana; al contrario, el Yoga entra en la vida de cada uno.

Mas es posible que no os déis de ello cuenta exacta, y que así como M. Jaurdain escribía prosa sin saberlo, del mismo modo practicáis vosotros el Yoga; precisa pues que, mejor informados, lo practiquéis cada día más en la vida normal, y os convirtáis en lo que se llama un Yogui, es decir, aquellos que practican el Yoga.

I

INDICACIONES PRELIMINARES

El Yoga es una ciencia de una psicología perfecta, que considera al hombre bajo todos aspectos, que lo comprende perfectamente, así como a su conciencia y sus vehículos; no es solamente una ciencia de la conciencia abstracta, sino también una ciencia de la inteligencia que funciona en todo nuestro ser.

Para aprender el Yoga, es preciso comprender los cuerpos así como la conciencia, mirar al hombre como una unidad a pesar de la diversidad de los elementos que lo integran.

El Yo se expresa por medio de la materia que lo envuelve, y no se puede separar este yo de sus materiales envolturas, así como no se pueden separar a esas envolturas del Yo. El hombre es una unidad, y como tal debemos mirarlo.

Así, el Yoga, ciencia, como hemos dicho, de una psicología perfecta, es solamente la aplicación en el individuo de las leyes ordinarias

que rigen la evolución de la conciencia y de los cuerpos, una consante y racional aplicación de estas leyes.

Si podéis comprender las leyes de la evolución de la conciencia y de la materia que la envuelve, entonces podréis comprender el Yoga.

En lo concerniente a esta manera de ver al hombre, se encuentra en la India una inmensa literatura.

En Oriente, se ha estudiado desde hace millares de años la psicología, y en este largo estudio se han hecho numerosos descubrimientos.

Todas las personas cultas conocen lo que llamamos los diez grandes Upanishads; éstos han sido traducidos en todas las lenguas; pero en Occidente ignoran muchos, puesto que no han sido traducidos, lo que son los Upanishads menores, en los cuales se encuentran reveladas por medio de símbolos, en imágenes, o alegorías, la ciencia oculta del mundo exterior, así como la del mundo interior del hombre.

Existe además otra clase de literatura llamada los Tantras, en los cuales se encuentra la magia práctica, magia blanca, magia negra, y también magia que podríamos llamarla gris, magia que no es ni blanca ni negra: los tantras indican los dos caminos por los cuales se puede avanzar, el camino de la derecha y el camino de la izquierda; allí se encuentran todas las ceremonias de la magia, y también la

ciencia de los sonidos por cuya repetición se pueden producir ciertos efectos en los cuerpos físico, astral, mental y otros aun más elevados.

Existe también un pequeño tratado, denominado los *Sutras* de Patanjali, divididos en tres partes, traducidos en inglés, si bien no lo están al francés.

Esta obra va acompañada de un comentario de Vyasa, un Rishi indo; pero como todos los comentarios indos, éste no da nunca las explicaciones verdaderamente ocultas. Se encuentran en dicho comentario muchas palabras que velan más las ideas, que las explican, encontrándose en ellas sólo alusiones; pero cuando el sutra—frase muy corta que dice mucho en pocas letras—contiene una enseñanza difícil, jamás da el comentario su explicación. Entiéndase bien, que no quiero hablar de una explicación gramatical, sino de una explicación del experimento en sí mismo. En la traducción que yo hago ahora de los sutras, tengo la intención de dar estas explicaciones de que acabo de hablar. En efecto, estas máximas o proverbios constituyen otros tantos títulos de discursos que el discípulo había anotado, contentándose, para el resto, con escuchar las explicaciones orales de éstos por el maestro. Vyasa, conocía ciertamente las experiencias del Yoga; pero no siempre las explicaba.

Los Sutras contienen algunos términos de los cuales hablaré en mi segunda conferencia,

que se pueden traducir fácilmente como experimentos que, si se tiene alguna práctica, pueden reconocerse entre las experiencias de los místicos, ya sean de Oriente, ya sean de Occidente, y que pueden ser comprendidas, cuando se ha estudiado la Teosofía, que habla de estas cosas de una manera más clara.

Así pues, en esta traducción que yo hago con la ayuda de uno de mis amigos de Oriente, hacemos también un comentario teosófico que explicará el comentario de Vyasa así como los mismos Sutras; gracias a esta traducción, podrán sacar los estudiantes de los Sutras informaciones más precisas que las que se han podido sacar de éstos hasta el presente.

Los Upanishads menores, son en número de ciento ocho; en cuanto a los Tantras, su número es inmenso: algunos son buenos, otros son malos; pero todos son peligrosos, puesto que se emplean palabras que, para vosotros, y para mí, pueden designar una parte del cuerpo, pero se refieren, sin embargo, a partes de otros cuerpos, cuerpo astral, o cuerpo mental; y si alguien estuviere tentado de comenzar las prácticas indicadas por los Tantras sobre los órganos del cuerpo físico, se desarrollarían, en general; enfermedades nerviosas difíciles de ser curadas.

Leer los Tantras sin preceptor es una cosa peligrosa; si, por el contrario, son estudiados bajo la dirección de un maestro que posea el conocimiento de las cosas, se pueden sacar de

ellos indicaciones verdaderamente útiles para el Yoga.

He aquí el peligro muy frecuente que ofrecen cuando se estudian sin maestro los Tantras: he visto a menudo, en la India, hombres que venían a encontrarme y me decían: Tengo tal dolor en el vientre o en otro órgano cualquiera: ¿qué debo hacer para curarme? Siempre respondían a mis preguntas que habían seguido las prácticas de los Tantras. Era muy difícil restablecer su destruída salud por las prácticas físicas.

No leáis, pues, los Tantras, aunque éstos sean traducidos. Al decir que no los leáis, quiero decir que no practiquéis lo que éstos indican; leedlos si queréis a título de enseñanza; son en verdad, interesantes; pero no los practiquéis, sin una explicación aclaratoria; va en ello la salud de vuestro cuerpo físico.

Prescindiendo de la literatura acerca de este asunto, seguiré ahora hablando de los Sutras de Patanjali, de los cuales he sacado las ideas que deseo exponeros referentes al Yoga.

Ante todo, insisto una vez más en la idea de que el Yoga es una ciencia y no una práctica religiosa; no es la plegaria, ni tampoco la abnegación o el altruismo; el Yogui puede utilizar estos últimos, pero solamente como un medio; el Yoga es una ciencia, y aquel que no se interesa por la ciencia no se interesa por el Yoga.

El Yoga, no es para el devoto, sino para e'

hombre de ciencia, el cual desea tener un perfecto conocimiento de las cosas, para aquel que jamás marcha con los ojos cerrados por un camino, sino que quiere siempre comprender, siempre ver.

Existe una gran diferencia entre el camino de la ciencia y el sendero de la devoción, la cual precisaré oportunamente. Ambos caminos conducen al mismo objeto; pero dada la diferencia de temperamentos, es preciso que cada uno siga el sendero que sea más adaptable a su temperamento peculiar.

El Yoga, comienza por un conocimiento más o menos extenso de la naturaleza del Yo; es indispensable comprender, aunque sea teóricamente, esta naturaleza en sus tres aspectos: inteligencia, voluntad y acción; es preciso comprender que el Yoga se adapta a la inteligencia denominada en sánscrito Chid, inteligencia abstracta, universal, de la cual es un reflejo la mente humana, puesto que reproducimos en pequeño todo cuanto existe en el Yo universal.

Se comprende, puesto que se quiere marchar por el camino del desarrollo de la inteligencia, o más bien porque se abra la flor a la luz, que esto no constituye una evolución, puesto que la evolución es del dominio de la materia; el Yo, revela sus poderes, manifiesta todo cuanto hay en él.

Es, pues, preciso estudiar dos cosas: el Yo

que se manifiesta al universo, y el vehículo del Yo, que se desarrolla vida tras vida.

También es necesario comprender, mirando en conjunto al Yo y sus vehículos, que, cuando el Yo expansiona y demuestra sus poderes, está en el plano de la espiritualidad, y, como he dicho, éste no es el solo y único camino.

¿Qué es la espiritualidad? Es la conciencia de la unidad: nada más, pero nada menos.

No es el conocimiento de las cosas, ni tampoco el conocimiento del mundo exterior; no es el conocimiento objetivo, es el conocimiento de la unidad, del Yo mismo. La conciencia, envuelta en la materia, manifiesta todos los poderes psíquicos; mas los poderes psíquicos pertenecen a la materia y no a la espiritualidad.

La espiritualidad es esta conciencia de la unidad, conciencia de que sólo existe un solo y único ser en todo y para todo, que no se separa absolutamente de nada, que ve al Uno en todas partes. Como dijo Sri Krishna: «Aquel que me ve en todos los objetos y a todos los objetos en mí, aquél puede ver, ve en verdad».

Esto es la espiritualidad.

El psiquismo, es la manifestación de la conciencia por medio de la materia, y es lo mismo que estos poderes se manifiesten en la materia del cuerpo físico, que en la materia del cuerpo astral o mental, pues la materia no deja de ser tal. Siempre sucede lo mismo: todos los

podere de la conciencia manifestados en la materia, son psíquicos.

Así pues, es un error el hablar siempre del psiquismo como de una cosa mala, puesto que vuestras ideas ordinarias normales, vuestros pensamientos, vuestras mentes, todo esto es psíquico. No es más psíquico el ver en el plano astral, que ver en el plano físico; siempre es la percepción de los objetos, y no hay diferencia de principios entre los dos modos de ver: ni el uno ni el otro son la espiritualidad, y, sin embargo, no deja de ser esto una confusión de que a menudo se hacen culpables los estudiantes de Teosofía.

Es verdad que aquellos que tienen más elevada espiritualidad, poseen siempre los dones psíquicos, puesto que son dueños de la materia; pero no es completamente exacto el decir que todos los grandes psíquicos son hombres de una elevada espiritualidad.

Por consiguiente, en el Yoga, hay dos cosas que hacer: hacer que se manifieste el Yo, y luego purificar y organizar la materia como envoltura, como vehículo de este Yo.

También se puede desarrollar la espiritualidad por otros medios; por el amor, por ejemplo; pero el método es diferente; sólo el objeto es el mismo.

Si quisiese representar por medio de una imagen la diferencia que existe entre el Yoga y lo que se llama algunas veces el misticismo, diría que el místico remonta su vuelo hacia

Dios en alas del amor; es como una grande oleada de emoción que le eleva y le coloca a los pies de Dios. El Yogui, por el contrario, marcha equilibrado, paso tras paso; éste recorre su camino poco a poco según sus métodos; jamás es transportado: él camina. En el Yoga no hay entusiasmo, no hay aquellos deseos ni aquellos goces que se encuentran en el misticismo; tampoco se encuentra en el Yoga ninguno de aquellos grandes dolores del místico que se siente desolado, árido, abandonado de todo y de todos.

Cada uno debe elegir por sí mismo el sendero que más conviene a su temperamento, guardándose de decir a los demás: «Marchad por el mismo sendero que yo; el sendero que yo elijo debéis también elegirlo vosotros.»

Un Sufi, místico mahometano, dijo: «Los caminos que conducen hacia Dios, son tan numerosos como los alientos de los hombres.»

Así en nuestro Yoga, tenemos este sistema completamente científico: el amor de Dios, que es como un medio, como un objeto atractivo para fijar la atención del Yogui. La vista contempla a Dios, no como un objeto amoroso en sí mismo, sino más bien como un objeto muy atractivo, con el fin de fijar completamente la atención para refrenar la mente: en lo cual hay una gran diferencia. Para el Yogui, Dios y su amor son un sendero para unirse con aquél; mas el Dios, con el cual el Yogui pretende unirse, no es el Dios del exterior, si-

no el Dios interno; en esto hay sin duda una gran diferencia.

Si se busca a Dios en el mundo exterior, puede muy bien encontrarse, puesto que Dios está en todas partes; también se le puede ver en los santos, en los ángeles, y más alto aún, en la Trinidad; pero cuando se concibe a Dios como principio universal, existiendo en el corazón del hombre, así como presente también en todo el Universo, es Dios mejor reconocido entonces por la inteligencia, que por el amor; el amor busca siempre darse; Dios es un objeto de amor; pero en el Yoga, se procura comprender y encontrar en el Yo particular al Yo universal.

Y el sabio indo os dirá: «No hay una prueba absoluta de Dios, ni de su existencia, fuera de vosotros mismos; existen muchas pruebas, destellos de la prueba de su existencia; pero no son absolutamente concluyentes: siempre falta en ellas alguna cosa.»

En Occidente, se procura siempre demostrar la existencia de Dios con la ayuda de numerosos y lógicos argumentos; en Oriente no se trata de la misma manera la demostración de dicha deífica existencia: la sola prueba de la existencia de Dios, dice el indo, sois vosotros mismos. Si podéis encontrar al Yo, e identificáros con El, de tal manera que él sea vosotros mismos, que vosotros seáis el Yo, entonces no podréis negar la existencia de Dios. De otro

modo, siempre existirá una posibilidad de duda.

Así pues, se puede leer en los Upanishads: «La sola prueba de la existencia de Dios, es el testimonio del Yo»; verdad profunda que se debe tratar de comprender.

El Yoga, busca esta identificación con el yo interno por el camino del conocimiento. Puesto que el Yoga es una ciencia, la ciencia de investigación interna, precisa comprender la verdad del por qué la conciencia y la materia se relacionan entre sí.

Algunas veces hablamos—y esto es una manera de expresarnos muy deficiente—de las vibraciones del pensamiento; yo misma lo he hecho; pero no debemos hablar así; solamente se debe hablar de los cambios de estado de la conciencia. Las vibraciones pertenecen siempre a la materia: sin embargo, a cada cambio de conciencia, responde una vibración de la materia. Del mismo modo una vibración de la materia corresponde siempre a un cambio de estado de la conciencia y aun puede ser la causa de dicho cambio.

Sobre este doble hecho están fundados los dos sistemas: el Raja Yoga y el Hatha Yoga.

El primero trata del desarrollo progresivo de los poderes de la conciencia, así como de la formación por medio de estos mismos poderes, de las envolturas materiales, por medio de las cuales pueda expresarse la conciencia de una manera más perfecta.

El segundo, el Hatha Yoga, trabaja siempre de abajo arriba; sus esfuerzos van encaminados a obrar de tal manera sobre la materia, que los estados de conciencia sean cada vez más elevados.

En cada sistema existe una gran parte de verdad, pero por medio del Hatha Yoga no se puede ascender muy alto; sin embargo, se puede llegar mucho más allá del plano astral; pero la dificultad, el obstáculo para el Yogui que sigue el sendero Hatha Yoga, es que desarrolla los órganos sin desarrollar la inteligencia, y que debe servirse solamente de dichos órganos.

Por ejemplo: es posible algunas veces, puesto que se ha evolucionado la facultad de ver con los ojos, utilizar esta facultad para ver en el plano astral, si se ha organizado suficientemente el cuerpo astral; pero entonces, si no se comprenden las cosas que se ven, ¿de qué sirve desarrollar estos órganos?

A menudo he encontrado en la India Yoguis que habían practicado el sistema Hatha Yoga, que hallándose en estado de trance, el cuerpo físico inmóvil, no pudiendo, por consiguiente, ver, ni leer, ni hacer cosa alguna, una vez despertados de este profundo sueño, ignoraban absolutamente lo que habían hecho mientras estaban fuera del cuerpo; ¿qué utilidad tiene esto?

Pero si se practica el otro sistema, si se desarrolla la inteligencia a fin de que ésta construya por sí sola sus órganos, se podrán desde

luego comprender las cosas teóricamente, y más tarde, al ver los objetos, se sabe lo que se ve.

Este es, en verdad, el sendero de la evolución normal. Creamos siempre en un plano superior, aquellos órganos que más tarde manifestarán sus poderes en el plano inmediato inferior; es decir, que vuestros ojos, no fueron desarrollados en el cuerpo, como afirman los sabios en su lenguaje materialista. La mente construyó en el plano astral un centro de visión, y por medio de este centro se construyó el órgano de visión en el plano físico.

Este es el verdadero sendero de la evolución normal. Se puede marchar mucho más deprisa y también mucho más despacio. La naturaleza obra muy lentamente. Por el conocimiento se puede caminar muy deprisa; pero se debe seguir por el camino indicado por cada temperamento, sin que se pierda la salud física ni el equilibrio mental.

Así, el Raja Yoga que reconoce muy bien la necesidad que hay de practicar en un plano superior aquello que uno desea hacer en un plano inferior, asciende de plano en plano y construye por sí mismo en cada uno de estos planos, los centros de que tiene necesidad.

Para que la vista astral sea verdaderamente normal y sana, es preciso que los centros de la inteligencia hayan sido formados con antelación en el plano mental, antes que se puedan

constituir en el cuerpo astral lo que se llaman Chakras, u órganos de los sentidos astrales.

He aquí la regla que se debe seguir, regla de una importancia suprema, pues la voz superior, el estímulo de abajo hacia arriba por sí solos, desarrollan una visión ficticia, en la cual uno no puede fiar; si, por el contrario, nos elevamos al plano mental en alas de la inteligencia, entonces se pueden construir los órganos del cuerpo astral de una manera normal y sana.

Todo esto debe ser comprendido por los teósofos y tenido siempre presente.

El Yogui trata primeramente de hacer que su inteligencia despierte de un plano a otro; éste es su primer deber, y, después que ha comprendido que las leyes son siempre las mismas, que lo que hace la naturaleza con la ayuda de seres conscientes, los dioses del plano astral y los elementales, en millares de años, puede hacerlo él con bastante rapidez por la constante aplicación de las leyes que sigue la naturaleza en la evolución normal.

Vuelvo a repetir que el Yoga es una ciencia de una psicología perfecta.

Todas las leyes del desarrollo de la inteligencia que encontráis en el mundo, todos los conocimientos que podáis adquirir por medio de la evolución de la conciencia en el género humano, durante estos inmensos períodos de tiempo, es preciso comprenderlos y aplicarlos a vosotros mismos conscientemente. Debéis ser a manera del jardinero que elige de entre sus flo-

res aquellas que por su desarrollo le parecen mejores para injertarlas nuevamente a fin de que produzcan flores más hermosas. Así pues, de generación en generación, las cualidades de estas flores serán más marcadas.

Al emplear el jardinero las leyes de la naturaleza, las aplica a casos individuales: vosotros debéis comprender las leyes normales de la evolución de la inteligencia y aplicarlas a la vuestra propiamente.

He aquí el Yoga, ni más ni menos. No es, como he dicho anteriormente, una cosa aislada, ni una cosa sobrehumana: es solamente un conocimiento del desarrollo normal de la inteligencia aplicado conscientemente a un caso individual. Son las mismas leyes, los mismos caminos, los mismos métodos que los que podéis aplicar para instruir a vuestro hijo. Debéis tomar vuestra inteligencia en vuestras propias manos y aplicarle las leyes de la evolución.

¿Cuál es la primera condición absolutamente necesaria para fijar la atención en un solo punto?

En el lenguaje Yogui la llamamos concentración. ¿Qué es, pues, la concentración?

La concentración no es otra cosa que la atención perfecta.

Se habla de la concentración, como si ésta fuese alguna cosa misteriosa, divina, sobrenatural; es simplemente la atención fijada en un objeto único.

Observad que esta concentración es la cosa

más difícil para las gentes; pero sin esta concentración no podríais hacer nada en el sendero Yoga.

Para cada uno de vosotros sería una experiencia interesante el ver si podéis, aunque sólo fuese por espacio de una hora, fijar vuestra atención en un libro interesante. Por ejemplo, un coche pasa por la calle: queréis mirar; cualquiera llama a la puerta: ¿quién será? Esto no es de ningún modo atención.

Si queréis comenzar la práctica del Yoga, la primera cosa que tenéis que hacer en vuestra vida diaria es imponeros la tarea de fijar y mantener vuestra atención sostenida en las cosas que hacéis.

Por mi parte, ésta es la manera cómo yo he aprendido el Yoga: cada ocupación aun la más sencilla, constituía para mí una lección en el Yoga; si quería hacer un paquete—cosa que no tenía nada de oculto,—me esforzaba en concentrar en él todo mi cuidado, a fin de hacerlo con toda perfección.

Si queréis analizar esto bajo otra forma, esta concentración es en realidad el espíritu artístico que nos impulsa a hacerlo todo tan bien como nos es posible. Así, el artista puede convertirse en un Yogui, si tiene verdaderamente el temperamento de artista y busca la perfección en todo.

Si queréis, pues, prepararos para el Yoga, si queréis hacer algunos de los experimentos que trataré de describiros, es preciso comenzar por

prestar a todos vuestros actos una atención perfecta.

Lo importante no es en modo alguno el estar atento durante algún tiempo, para dejar divagar en seguida vuestra atención; la atención debe ser siempre sostenida. Haréis muy bien meditando por la mañana media hora o una hora, pero no habréis hecho nada si durante las otras horas del día va errando vuestra mente a la ventura. Cada acto debe despertar vuestra atención hasta el momento en que os digáis: Quiero cambiar el objeto de mi atención. Entonces no penséis en lo que hacíais momentos antes, sino concentrad toda vuestra atención en el nuevo objeto que os ocupe.

Si hubiese aquí una sola persona capaz de prestar una perfecta atención hacia algo que deberá olvidar al consagrarse a otra nueva cosa, no le faltaría más que un muy pequeño esfuerzo para convertirse en un Yogui.

Lo mismo es para vosotros que para el niño que aprende sus lecciones, al cual recomendáis esté atento, que no mire cómo vuelan las moscas, que no escuche lo que se dice a su alrededor. Sería una gran cosa el llegar a conseguir que los niños pudiesen aprender sus lecciones en medio de un torbellino de ruidos.

Una de las razones, según mi modo de ver, que hace la concentración mucho más fácil para los indos, es la manera como se instruyen los niños de las escuelas. En vuestras escuelas, lee un discípulo, el profesor le reprende, y todos

los demás escuchan las observaciones. En la India, al contrario, cada discípulo habla en alta voz, todos hablan a la vez, hasta el punto en que los profesores que vienen de Occidente creen imposible dar las instrucciones en medio de éste caos; se creería que ningún alumno presta atención.

Precisamente sucede todo lo contrario. Citaré el ejemplo de una familia inda, en la cual había cinco o seis niños. La clase se les daba a todos juntos; uno de ellos leía inglés, el otro sánscrito, un tercero estudiaba aritmética; todos estudiaban en alta voz. En un principio me fué imposible precisar los sonidos en esta batahola; pero el preceptor oía distintamente todas las voces, y después de haber reprendido una falta de pronunciación en uno de los niños, corregía el error cometido por otro en sus cálculos.

Yo he tenido la ventaja de tener por institutriz una mujer original, la cual empleaba estos métodos. Todos los niños estábamos reunidos en la misma sala, ocupados unos en leer, otros en la aritmética; siempre reconvenía a aquel de sus discípulos que escuchaban las observaciones hechas a uno de sus discípulos, mandándole de nuevo a su labor.

Una vez bien definido el primer punto, tratad de fijar vuestra atención cada día, en cada una de vuestras ocupaciones; el segundo paso en el Yoga es tratar de observar con precisa exactitud y razonar con exacta lógica.

Observad exactamente el objeto que ante vosotros tenéis a fin de poderlo describir con exactitud, si se os ruega lo describáis; sin este poder de observar con exactitud, no podréis construir el órgano de la visión o de la audición astral; esta capacidad del plano mental, la de observar con exactitud es la que construye el órgano en el cuerpo astral.

Repito que hacéis bien en meditar todas las mañanas; pero no conseguiréis una gran cosa si no practicáis todo el día; es sólo por la práctica que se construyen estos órganos del cuerpo astral.

Después de la exacta observación y del lógico razonamiento que le precede, un tercer paso falta dar todavía.

El primer paso, el primer obstáculo que acabamos de describir, corresponde a lo que en sánscrito es llamado el estado de *sueño*, no el sueño ordinario, sino la inercia, esta cualidad de la materia (*sloth*, en inglés), la pasividad completa, absoluta. Todo el mundo es perezoso, la pereza es aun necesaria a los cuerpos, pero es necesario saber dominarla, y esta necesidad de dominarla, para poderse convertir en un Yogi, se explica por medio de las leyes de la evolución.

Una inteligencia poco evolucionada, la de un salvaje por ejemplo, tiene necesidad de un objeto exterior para ser despertada; aquellos de vuestros conciudadanos que encontráis en las calles, y que están poco evolucionados, buscan

siempre sensaciones nuevas, bien sea por medio del oído, o bien por medio de la vista; cuando les faltan estas sensaciones, duermen.

El obstáculo que hay que franquear es esta tendencia a aferrarse a un objeto exterior el cual despierta la atención, y que sin éste se cae de nuevo en el sueño.

En la meditación, por ejemplo, siempre se duerme uno al principio. ¿Por qué me duermo cuando tanto me intereso en lo que hago?, nos preguntamos. Dormís porque vuestra mente rechaza el objeto en el cual debería fijarse vuestra atención.

Para cambiar de dirección la forma de un objeto material, es preciso tenerle durante algún tiempo en la posición que deseáis darle, sin lo cual volvería a su primera dirección. Para que un árbol crezca en una dirección determinada, es preciso tenerle atado durante largo tiempo.

Para formar los órganos en el cuerpo astral, es preciso continuar reteniendo la materia en un sentido determinado durante un largo lapso de tiempo, sin lo cual ésta no podría ser retenida en el nuevo órgano.

Perseverancia perfecta, repetición continua del movimiento de la mente, he aquí el segundo obstáculo que se ha de vencer.

En tercer lugar, se pide a aquel que quiere llegar al Yoga una gran energía, puesto que siempre, a un nuevo estado mental, corresponde una nueva vibración de la materia. y estas

desusadas e insólitas vibraciones suelen espantar al principiante. Yo experimento esto o aquello. ¿Qué es? ¿Voy a caer enfermo? No: éstas son solamente las nuevas vibraciones necesarias para la formación del nuevo órgano que vais a construir.

Estos tres pasos de que acabo de hablar, firmeza de la atención, observación, y razonamiento perfecto, estos obstáculos que deben franquearse, se encuentran resumidos en un solo Sutra de Patanjali:

«El Yoga, es la cesación de todas las modificaciones de la mente.»

En medicina, gracias a lo que se llama inhibición, es posible, cuando un nervio no funciona de la manera normal, hacer que cese su funcionamiento; así, vuestra mente se modifica a cada instante y a cada modificación de la mente se determina una modificación del cuerpo mental; cuando se mira un cuerpo mental, cualquiera que sea, se ven siempre oleadas de colores siempre cambiantes; cada oleada representa una o muchas vibraciones, y cada grupo de vibraciones es una modificación del cuerpo mental.

Es absolutamente preciso suprimir todo esto, puesto que el Yo debe dominar las envolturas siempre cambiantes, bajo el contacto de los objetos del mundo exterior; y si estos movimientos no se pueden detener, y hacer que cese el funcionamiento del cuerpo mental, jamás el Yo podrá ser revelado.

El yo superior, es como un lago que el viento agita y en cuyas aguas jamás hay una imagen perfecta de las montañas, del sol, o de la luna; todo es truncado por las agitadas olas; lo mismo sucede con el cuerpo mental; a causa de todas estas pequeñas oleadas, a causa de las continuas modificaciones de la materia, no podéis ver reflejarse la conciencia superior en la mente inferior.

He aquí lo que pretende el Yoga: suprimir absolutamente las modificaciones del cuerpo mental; el Yoga, es la absoluta supresión de todas las modificaciones de la mente.

Si queréis entrar en este sendero, es preciso recorrer los pasos que acabo de describir; sin esto, es imposible seguir el sendero del Yoga.

He tenido empeño en daros estas explicaciones preliminares, a fin de que comprendáis que, para vosotros, en Occidente es posible también alcanzar el Yoga.

No es siempre fácil el desarrollar tal o cual poder psíquico, porque algunos procedimientos del Yoga exigen una reclusión absoluta, una vida casi anormal; pero lo más importante del Yoga es el dominio completo de la mente, aquella que equivocadamente creéis que es el Yo, el Yo, superior a la inteligencia más elevada. Todo esto, puede ser practicado a cada instante en la vida de este mundo.

Si no comenzáis de esta manera, si vuestra práctica no es continua y de todos los instantes, si no seguís las reglas preliminares del

Yoga que he enumerado, jamás os será posible comenzar en esta vida lo que se llama la verdadera práctica del Yoga, que describiré en mi segunda conferencia.

II

LOS ESTADOS QUE DEBEN SER ALCANZADOS

Ahora, quiero tratar de describir los pasos que se deben dar en el sendero del Yoga, de los estados de la conciencia y de la mente, así como también de los vehículos de esta conciencia, tarea bastante difícil a cuyo esclarecimiento encaminaré todos mis esfuerzos.

El primer Sutra de Patanjali, como dije, define el Yoga como «la supresión de las modificaciones de la mente»; en la filosofía Sankhya, en la cual se basan los Sutras, se dice que «el cuerpo mental reproduce en sí mismo los objetos hacia los cuales se dirige».

Creo fácil el equivocarse al tratar de comprender el exacto sentido de estas palabras. He encontrado estudiantes indos, los cuales pensaban que se podían ver las imágenes de los

objetos en el cuerpo mental; creían, que pensando por ejemplo en un cuadro, se veía en dicho cuerpo mental la imagen de un cuadro: esto no es así.

Los pensamientos de otro no pueden, en efecto, ser leídos tan fácilmente como parece. Seguramente que al pensar, se modifica el cuerpo mental; pero sería más exacto decir que sus modificaciones se traducen en símbolos, que decir que éste reproduce los objetos del plano físico. Existe más bien allí un lenguaje simbólico, símbolos de estructura difícil de explicar.

Imagináos, si podéis, un cristal; o, mejor dicho, aquello que se llama las líneas de fuerza del cristal; no la superficie del cristal, sino solamente sus líneas de fuerza: si habéis estudiado la cristalografía, estas líneas solas os permitirán reconocer la especie del cristal. Lo mismo sucede con los pensamientos; existen modificaciones que indican, a todo aquel que es bien instruído, el objeto, la forma que, en el plano físico, será creada por las fuerzas.

Un clarividente que no mire sino el cuerpo mental, no puede comprender fácilmente los pensamientos de aquél a quien examina; pero si la conciencia está desarrollada, si puede identificarse con la conciencia del otro cuerpo mental, entonces se pueden leer los pensamientos, no por medio de la visión externamente desarrollada, sino con una vista interior; si podéis identificar vuestra conciencia, el Yo en vosotros, con la conciencia de otro, entonces po-

dréis leer sus pensamientos; pero si sólo sois clarividente, si sólo podéis ver las formas de pensamiento, no podréis leer los pensamientos: la mente no está abierta en modo alguno ni aun para los mismos ojos del plano mental.

Es preciso, pues, que no imaginéis, como se ha hecho algunas veces entre los indos, que se realice la supresión de un cúmulo de formas objetivas. Esto no es así. Lo que se suprime son las vibraciones que son seguidas de los cambios de estado de la conciencia, que son los pensamientos.

La gran diferencia que existe entre el aura de un hombre ordinario y la de un Yogui, es que en el primero, cada aura, mental o astral, es modificada bajo la acción de los cuerpos inferiores, así como por los contactos con los objetos del plano en el cual actúa, y que, en el Yogui, ésta se modifica bajo la acción de los cuerpos superiores.

Para un hombre ordinario, la vista de los objetos del plano físico y su contacto, son como un estímulo, el cual reacciona en el cuerpo astral en forma de deseos; la mayor parte de las vibraciones del cuerpo astral, tienen su origen en el plano físico, comienzan con los objetos de dicho plano; los deseos despiertan bajo la influencia de estos objetos.

Del mismo modo, son estimulados los pensamientos en el cuerpo mental, por los deseos del cuerpo astral, y así sucesivamente, de plano en plano.

Considerad, por el contrario, el aura de un Yogui. Los sentidos de su cuerpo físico, son perfectamente indiferentes a los objetos exteriores; si se fija en un objeto, no se despierta en él ningún deseo que se relacione con este objeto; lo mismo sucede para con los objetos astrales; el cuerpo astral permanece tranquilo, incoloro; es como un claro de luna; si aparecen los colores en el cuerpo astral, no son sino el reflejo de los pensamientos en el cuerpo mental.

Así, los colores del cuerpo astral, en el Yogui, reproducen los pensamientos; en el hombre ordinario, reproducen los deseos despertados por los objetos del plano físico.

Si se quiere, pues, practicar el Yoga, es absolutamente necesario desarrollar lo que se llama *Vairâgya*, es decir, la ausencia de deseo por los objetos del exterior; éste es el primer paso; la palabra *Vairâgya* está compuesta de la palabra *Râga*, pasión (estoy apasionado por tal o cual objeto), y de un prefijo privativo; el primer paso, es, pues el «no apasionamiento», la ausencia de pasión por todos aquellos objetos que despiertan los deseos del hombre ordinario.

Cuando es franqueado este paso preliminar, el cuerpo astral permanece tranquilo ante la presencia de los objetos, e indiferente a todo.

Una vez alcanzado este estado, es preciso esforzarse por adquirir esta misma indiferencia

por los objetos del plano astral, y más tarde, por los objetos del plano mental.

Ahora es necesario distinguir en el Yoga dos objetos diferentes: podéis hacer funcionar vuestros cuerpos, astral, mental y búddhico; o bien, podéis desear encontrar al Yo.

Podéis encontrar al Yo elevándoos de plano en plano. Esto es una verdad, una vez hayáis traspasado el plano búddhico y alcanzado el plano átmico. Entonces podéis encontrar al Yo.

Pero también podéis decidir ir al Yo rectamente por el sendero de la conciencia y no por el sendero de los vehículos.

Todo depende de vuestras facultades; mas las etapas en ambos senderos son las mismas; es decir, que éstas tienen los mismos nombres, solamente que en uno de estos senderos constituyen estas etapas estados de conciencia lo más posiblemente puros: en el otro sendero, estas etapas las constituyen los diferentes *siddhis*, los cuales pertenecen a la materia y no a la conciencia. Es necesario decidirse por uno u otro de estos senderos, y entonces podréis comprender por qué se dice algunas veces en la India: «El desarrollo de los *siddhis* es un obstáculo en el sendero del Yoga.»

Estos, en efecto, son los obstáculos, si deseáis realizar en vosotros al Yo, la Divinidad, puesto que todos los *siddhis* son poderes psíquicos, es decir, que se relacionan con los objetos del exterior. La clarividencia, la clariaudiencia, todos los poderes del plano astral, se

dirigen hacia los objetos de dicho plano; la visión de una categoría superior, la lucidez en el plano mental, por ejemplo, se encamina hacia los objetos de dicho plano.

Lo mismo sucede en la religión; si se buscan los placeres del cielo, si se busca la vida del más allá para gozar de la felicidad celeste, no es verdaderamente el camino que conduce a Dios: el cielo y Dios son cosas muy diferentes.

Cuando Cristo definía la vida eterna, no hablaba de la vida inmortal de los cielos, sino de la sabiduría de Dios, del conocimiento de Dios. En la práctica del Yoga, es necesario elegir: ¿deseáis poseer esta profunda sabiduría, Vidya, el verdadero conocimiento del Yo, o bien buscáis solamente pasearos por el universo, y por entre sus tan diversos mundos?

Los dos objetos son buenos, pero debéis elegirlos vosotros mismos, pues del móvil que os impulse dependerán los medios que tendréis que emplear.

He dicho que hay etapas que recorrer; si se desea proseguir el Yoga, es preciso repetir las de plano en plano, ya sea por medio de la conciencia, o bien por los vehículos de ésta

Estas etapas son en número de cuatro; trataré de describirlas en el plano físico, pues si las comprendéis en este plano, también las comprenderéis en todos los demás. La ley de correspondencia puede servir de guía; podéis comprender las ideas en un plano y continuarlas en otro plano superior; pero, generalmente,

es más fácil comprenderlas en medio de los objetos que os son familiares.

Si estas continuas repeticiones de plano en plano son una labor de la conciencia, es porque ésta retrocede siempre hacia un plano interior o superior (prefiero decir *interior*, puesto que las cosas no están las unas por encima de las otras).

Cuando actuáis por medio del cuerpo físico, la conciencia está en el plano astral. Imagináos ahora que la conciencia actúe en el plano mental: entonces vuestro cuerpo se compone del cuerpo astral, más el cuerpo físico y la conciencia en estado de vigilia obra en ambos cuerpos, que son como un solo cuerpo, como un sólo vehículo.

Elevad aún más alto la conciencia, en el plano búdhico, por ejemplo: entonces, el cuerpo mental, el astral y el físico no constituyen sino un solo cuerpo, y la conciencia de vigilia, la conciencia diaria, es la que actúa en estos tres cuerpos.

Si podéis elevar vuestra conciencia hasta el plano átmico, el Nirvâna, tendréis la conciencia del Adepto.

Para Este, los cuerpos búdhico, mental, astral y físico, no constituyen sino un solo gran cuerpo, en el cual actúa su conciencia en estado de vigilia, su conciencia diaria; ésta se mueve en estos cuatro planos inferiores con perfecta unidad.

Vosotros no veis sino en el plano físico; para

vosotros, el plano astral es el plano de los sueños; para el Adepto, el plano de los sueños es aquel que está por encima del plano búddhico; el plano de su conciencia ordinaria es el plano compuesto de cuatro planos externos inferiores. La unión de estos cuerpos no constituye sino una unidad en la cual obra su conciencia. El Adepto no tiene necesidad de retirar su conciencia del cuerpo físico a fin de ver en el plano astral, ni retirarla tampoco del plano astral para ver en el plano mental, ni del plano mental para ver en el plano búddhico. El Adepto lo ve todo en el mismo instante. Sin embargo, puede encontrarse por un momento en un plano determinado, pero solamente de la misma manera que percibís vosotros por medio de vuestra vista ordinaria.

En este momento estoy viendo claramente este cuadro; también veo asimismo el auditorio que me rodea; pero lo veo de una manera confusa, vaga, puesto que mi atención está más particularmente fija en el cuadro.

Del mismo modo ve el Adepto en todos los planos, mas El no ve todos los objetos con la misma claridad con que vería un objeto de un plano determinado hacia el cual dirigiese su atención; todos estos planos no constituyen para él sino un solo plano; así, el Adepto, ve a la vez todos los objetos de todos los planos de la misma manera que en esta sala puedo ver yo todo el auditorio, mientras que mi atención puede estar fija en un cuadro.

Así, pues, en el Yoga no hay sino dos cosas: *Prana*, la conciencia, y *Pradhána*, la materia; para el Yogui son todos los cuerpos considerados como un solo cuerpo por debajo del centro de su conciencia.

Así ha podido ascender de plano en plano: a medida que su conciencia se eleva en cada plano superior, todos los otros planos se confunden en el plano exterior, el plano del no yo, identificándose siempre la conciencia con aquel plano en que encuentra al «Yo».

Así, pues, vosotros mismos podéis saber el plano en que os encontráis, preguntándoos: ¿qué es para mí el «Yo»?

Cuando hablo del «Yo», ¿qué quiero decir con esto? Seguramente, no es vuestro cuerpo físico; vosotros estáis más allá de esta idea, no os identificáis ya con el cuerpo físico; sabéis muy bien que existe en vosotros un algo que dice: mi cabeza, mi mano, mis ojos, un algo que habla, que considera los cuerpos como instrumentos, como un utensilio, pero no como el yo; vosotros no vivís en la conciencia física; ésta es vuestra *subconciencia*. La conciencia de las células de vuestro cuerpo no es en modo alguno vuestra conciencia; vosotros no podéis seguir el proceso de la vida íntima de las células que integran vuestros cuerpos; el Adepto puede hacerlo a voluntad, pero vosotros no. Por el momento, habéis perdido esta conciencia, y todas las funciones de esta vida física, se

realizan para vosotros sin la correspondiente conciencia.

Si vuestro cuerpo está en estado de salud, las funciones vitales prosiguen su regular funcionamiento; en verdad sois vosotros los que guiáis al cuerpo; vosotros no os dáis cuenta de ello, pero sin embargo es vuestro Yo, quien dirige todas las funciones de la vida orgánica; por lo tanto, no es para vosotros ésta la conciencia en estado de vigilia, la conciencia diaria.

Generalmente sois hombres y mujeres cultos; por lo tanto, cuando vuestra conciencia está en su centro, actuáis en el plano astral.

Esta conciencia en el plano astral, es una conciencia de acuerdo con la cual es preciso trabajar; pero vosotros trabajáis en el plano físico.

¿Queréis identificaros con esta conciencia, o bien queréis identificaros con la materia del plano astral?

Si queréis desarrollar los *siddhis*, es decir, los poderes psíquicos, más allá de la conciencia que trabaja en el cerebro y en el sistema nervioso, es preciso por el momento que os identifiquéis con la materia del plano astral; es necesario que con la ayuda de la imaginación, os forméis una idea de la constitución del cuerpo astral, identificaros con este cuerpo y vivir en él. Imagináos todos los objetos del plano astral en vuestra meditación, y poco a poco veréis y oiréis en dicho plano, puesto que identificando la conciencia con el vehículo astral, todos

los sentidos de este vehículo comienzan a organizarse.

Si cada día en vuestras meditaciones os identificáis con la materia del plano astral, poco a poco se elevará vuestra conciencia al plano mental como centro, y se servirá del cuerpo astral, del mismo modo que en este momento, la conciencia astral se sirve del cuerpo físico.

Pero ¿cuáles son las etapas de esta transformación? Existen dos palabras para designar estas etapas en sánscrito; pero yo no me serviré de ellas aunque sean muy cómodas para todos aquellos que conocen su sentido. Sin embargo, citaré una de estas palabras, porque designa claramente aquello de que deseo hablar, la cual ya conocéis.

Bien a menudo, se habla en nuestra literatura de los estados de *Samâdhi*. ¿Qué es lo que esto quiere decir?

Este estado no es el sueño; la diferencia entre el sueño y *Samâdhi*—el cual es un estado de trance,—es que la conciencia está toda retirada del cuerpo del que está en *Samâdhi*, al cual no podréis despertar por los medios del plano físico, aun los más violentos y prolongados.

El hombre puede estar en *Samâdhi* en el plano astral; éste no es un trance muy elevado; pero si verdaderamente éste estado tiene lugar en el plano astral, en el cuerpo astral, y con plena conciencia de este plano, no podréis despertarle por los medios físicos; podréis pellizcarlo,

pincharle y azotarle, pero a pesar de todo esto no despertará; y sin embargo, podréis despertar fácilmente al dormido.

Esta palabra *Samâdhi*, la cual es preciso traducir por *trance*, es un estado de la conciencia y del cuerpo en el cual no se pueden despertar los cuerpos en cada plano determinado con los medios que ofrece el propio plano.

Si se trata de un *Samâdhi* en el plano mental, no se podrá despertar al cuerpo astral, en el mismo plano, con medios astrales.

Ascendiendo de plano en plano, existe un *Samâdhi* para cada uno de ellos, y cuando se habla del *Samâdhi* del Adepto, del Maestro, este *Samâdhi* tiene lugar en un plano superior al plano átmico.

El Adepto, pues, comienza su *Samâdhi* en un plano superior al plano átmico, pero vosotros y yo podemos comenzar el *Samâdhi* en el plano astral, mental o búddhico: esto depende enteramente de la situación que ocupe el centro de conciencia: el *Samâdhi*, tiene lugar siempre en un plano superior a aquel que constituye el centro de conciencia.

Si leéis los libros teosóficos o indos, no podréis comprender jamás las instrucciones que en éstos se os dan, si antes no habéis comprendido el principio de que todas las palabras del Yoga son aplicables a todos los planos. Es pues preciso saber dónde comenzáis, a fin de ordenar vuestras palabras en una sucesión invariable que se repetirá en cada plano.

La primera de las cuatro etapas de que os he hablado, es el pleno conocimiento de un plano determinado, donde todos los objetos pueden ser comprendidos por los sentidos despiertos en el mismo.

La segunda etapa, la constituye la pérdida del conocimiento de dicho plano, así como de todos sus objetos, permaneciendo la conciencia completamente vacía, inconsciente en este plano.

La palabra sánscrita que designa este estado se traduce siempre por «conocimiento»; esto es inexacto; esto no es el conocimiento ordinario, sino un conocimiento más vívido, más interno; un estado que ha traspuesto los objetos, que ha penetrado más allá, que ha perdido de vista por el momento dichos objetos y que no ha comprendido aún los del plano superior. Esto es lo que se llama en inglés «vida inconsciente»; mas esto no es inconciencia, sino una conciencia que no está ya en relación con el plano en el cual se encuentra.

La tercera etapa es más difícil de describir.

Esta se define en la idea de cosas que por todas partes parece que os rodean, pero que no podéis comprender; es una idea vaga, mal definida; vosotros no podéis ver, pero presentís la existencia de alguna cosa.

Si os situáis en una habitación oscura, podéis saber, sin embargo, que hay alguien a vuestro lado. ¿Cómo lo sabéis? Probablemente no podréis decir cómo. No es el oído ni tam-

poco la vista los que os han informado de esta presencia; y sin embargo, existe la impresión de un algo que no podéis definir.

Hemos descrito la tercera etapa.

La cuarta es la visión perfecta de los objetos de este nuevo plano.

De este modo llegáis a la entrada del plano superior, en el cual, estas cuatro etapas, vuelven a repetirse.

Un ejemplo sacado del plano físico, os permitirá seguir más fácilmente esta progresión.

Cuando tomáis un libro, leéis las palabras, las letras que las componen: en esta primera etapa tenéis objetos exteriores hacia los cuales se fija la conciencia.

Si cerráis entonces los ojos, no veis ya el libro: vuestra atención se ha fijado en el pensamiento del autor; todavía conserváis la memoria de las palabras, pero no la visión de éstas; podéis repetir en vuestra memoria lo que habéis leído, pero la conciencia está separada de los objetos del plano físico; entonces creáis en vosotros mismos la imagen de estos objetos: éste es el segundo paso.

Si vuestra atención está bien concentrada en estos pensamientos, adelantando entonces un paso más, podréis identificaros con la mente del autor, con algo más de lo que se transmite por medio de las palabras, ideas más vastas que las mismas palabras, las cuales no pueden expresar sino una parte de las ideas. En un principio no podréis comprenderlo todo; las

ideas no se dibujan con claridad; pero tenéis, sin embargo, una indefinida conciencia de las mismas.

Si después de este tercer paso persistís en la concentración de vuestro espíritu, la obscuridad desaparecerá y obtendréis una perfecta y clara visión de las ideas. Este es el cuarto paso.

Podéis comprender esto si por un momento fijáis vuestra atención en el problema geométrico llamado el problema 47 de Euclides. Fijad la atención en las líneas y los ángulos; cerrad los ojos después y reproduciréis mentalmente estas líneas y las explicaréis. Podéis hacer por una rigurosa lógica, la prueba con este problema, conocido de todos aquellos que han estudiado las matemáticas elementales.

Pero si os queréis concentrar en esta idea, dejad a un lado las líneas, concentraos en la idea que éstas representan, idea de ciertas relaciones universales. Vosotros sentís que hay una idea madre más allá de estas relaciones. ¿Qué idea es ésta?, me preguntaréis. No sabéis lo que es esta idea, no la conocéis, a pesar de que la buscáis; pero poco a poco la concentración os diseñará líneas vagas que no podéis comprender en un principio; pero sentiréis la presencia de alguna gran idea más lejos aún, trazada en el mundo del tiempo y del espacio, por medio de las ideas tomadas en el plano físico en el cual encuentran su expresión por las líneas y ángulos.

Si podéis superar esta obscuridad en la cual

sentís un algo que no comprendéis sino vagamente, ésta desaparecerá súbitamente, y entonces veréis el plano en el cual se dibuja el sistema solar, puesto que verdaderamente ésta es la significación de aquellas líneas.

Para esto es necesario elevarse por encima de la conciencia concreta, y más allá aún de la conciencia abstracta; es preciso elevarse hasta el plano búddhico.

Una vez llegados a este plano, lo que era un problema geométrico en la página de un libro, se convierte en el plano geométrico del gran arquitecto del universo que se encuentra encerrado en estas formas matemáticas.

Estas son, pues, las cuatro etapas: el problema trazado en la página de un libro, las ideas expresadas que se pueden encontrar por una rigurosa lógica, la obscuridad donde se pierde la conciencia por un momento, donde se presiente que existe alguna sublime y grande cosa que no se puede comprender, luego el plano inmenso del arquitecto del mundo, el Logos que surge de la obscuridad.

Esto es lo que vió Pitágoras cuando dijo: «He comprendido, he comprendido». Entonces comprendió el plan del Divino arquitecto.

He aquí cómo se progresa en cada plano.

En seguida debe repetirse lo mismo en el plano astral; si os eleváis del plano físico al plano astral, de la manera que os acabo de describir, si os identificáis con la imaginación, que es el poder creador en el hombre, así como

con el cuerpo astral, y os rodeáis de los objetos de dicho plano; si os esforzáis con entera obstinación en mirar estos objetos con los sentidos astrales, vosotros veréis, veréis sin duda: esto es lo que se llama el trance consciente; estaréis en el plano astral.

Una vez allí, es preciso reconstruir este plano astral, este plano de los objetos, de las ideas madres que moran en el plano mental; por esto la visión de los objetos está en primer lugar; después, la concentración de la conciencia; más tarde el vacío perfecto de esta conciencia, y por último la obscuridad, la incertidumbre, a pesar de la cual percibís alguna cosa que no podéis comprender; y más allá, plena visión en el plano mental.

Siempre es preciso en cada plano pasar por estas cuatro etapas: visión de los objetos en el plano donde actúa la conciencia; después visión de la idea expresada por estos objetos; más adelante el presentimiento de los objetos más sutiles del plano inmediato superior; y por último, visión de dicho plano.

Cuando habiendo ascendido en todos los planos se llega al plano búddhico, cuando en este plano encontráis la obscuridad que ya habéis encontrado en los otros planos, mental, astral y físico, entonces entráis en lo que se llama en misticismo la *Obscuridad en el sendero*, experiencia de todo místico.

En las Sagradas Escrituras de los hebreos, se dice: «En la montaña donde estaba Dios,

había nubes que la envolvían»; en los escritos de los místicos alemanes siempre es repetida la palabra «nube»; en efecto, ésta es una experiencia de todos los místicos, de todos los Yoguis, realizada en el vacío precursor de la visión del plano superior. Así pues, cuando en el plano búddhico se siente esta obscuridad, esta incertidumbre que envuelve al alma, en la cual no se puede ver ni comprender nada, pero en cuyo estado se siente, sin embargo, la presencia divina, entonces está uno verdaderamente en el umbral de la Divina visión.

Entonces desaparece la duda, la obscuridad se disipa, y se alcanza la visión; podéis decir que veis a Dios, y al ver a Dios veis al Yo.

Si habéis comprendido estas cuatro etapas, comenzad a practicar en el plano físico, puesto que es preciso comenzar por el plano en que os encontráis; principiad a franquear estas cuatro etapas, una después de otra; hecho esto, os encontraréis en el plano astral; volved a comenzar los cuatro mismos estados en el plano astral, y alcanzaréis el plano mental; después de las cuatro etapas del plano mental, alcanzaréis el plano búddhico. Una vez traspasado el plano búddhico, obtendréis la visión perfecta de la unidad; podréis identificaros con el Yo.

He aquí cómo se consigue esta identificación en el sendero de los siddhis, suprimiendo las modificaciones de los objetos que os rodean después de haberlos vivificado. Vivificar la materia, recibir todas las impresiones del plano

en que se actúa, desechar luego todos los objetos. éste es el sendero por medio del cual se desarrollan los siddhis.

El sendero que sigue no es en modo alguno el llamado sendero de la devoción; es el sendero del conocimiento.

Si quisiéramos alcanzar los mismos estados de conciencia en el sendero del conocimiento, es preciso comenzar por suprimir en vez de vivificar.

Si deseáis que despierte la conciencia sin la ayuda de los siddhis, comenzad siempre vuestra labor con el más elevado pensamiento de que seáis capaces en aquel momento; tratad de suprimir todas las modificaciones de vuestros pensamientos íntimos, y en especial de vuestros deseos.

Así, puesto que poseéis la conciencia mental, puesto que podéis pensar, debéis identificaros por el momento con el pensamiento, mas no con el mundo mental. Así pues, identificaos con el pensamiento más abstracto que podáis crear, identificaos con la conciencia abstracta, y destruid la conciencia concreta, suprimiendo todas las modificaciones del cuerpo astral, así como las del cuerpo mental, el cual responde a los estímulos de los objetos del plano exterior.

Este sendero es mucho más difícil, pero menos peligroso que el que os he descrito antes, puesto que es necesario que destruyáis con el pensamiento abstracto los pensamientos concre-

tos, y entonces, cuando estéis identificados con esta conciencia abstracta, cuando la conciencia inferior ha desaparecido, comienzan a despuntar en vosotros los albores de una conciencia todavía más elevada que la inteligencia abstracta: la inteligencia búddhica...

Es de todo punto imposible permanecer inactivo en el sendero del conocimiento; si deseáis identificaros con la más elevada conciencia que hayáis alcanzado haciendo lo que acabo de decir, y suprimiendo las modificaciones de la mente inferior, os elevaréis poco a poco y sin esfuerzo más allá de la conciencia abstracta, puesto que existe una conciencia que comienza a manifestarse, que principia a hacerse sentir, una vez os halláis concentrados en la más elevada conciencia que conocéis; no podréis estar concentrados en la mente abstracta, sin que la aurora de otra conciencia más elevada principie a alborear; en el momento que sentís que hay alguna cosa más allá de esta conciencia en la cual estáis concentrados, es preciso que por medio de un grande esfuerzo alcancéis aquella conciencia que empieza a despuntar como se ha dicho: «es preciso perder la vida a fin de encontrar la vida».

Es una verdad, puesto que existen también en la conciencia estas cuatro etapas. Cuando habéis alcanzado la inteligencia, así como la conciencia perfecta, la identificación completa con esta inteligencia abstracta, que es la más elevada para vosotros en este momento; enton-

ces si queréis deciros: «yo no soy esto, no soy esta mente abstracta, sino que soy un algo que está por encima de todo esto», entonces poseéis la fe.

Es preciso tener fe en algo más allá, en algo que en realidad no conocemos aún, pero que es el Yo. Decid: «Yo no soy este yo que identifico con la mente abstracta; existe alguna cosa más allá; estoy seguro de que tengo en mí mismo el sentimiento de que yo no soy esta conciencia: he podido comprenderlo.»

En este estado, es preciso aún desechar esta idea; es preciso lanzarse en el vacío.

Este es el segundo paso. Es necesario permanecer en este vacío con una perfecta paciencia; es preciso rehusar volver a descender a la mente concreta, a la vida que conocéis; es necesario rechazarlo todo, e ir a lo que se llama *el conocimiento verdadero*, el vacío consciente, y permanecer en éste hasta el momento en que la incertidumbre y las tinieblas comiencen a hacerse sentir, hasta el momento en que sintáis en lo que es más recóndito aún que vuestra conciencia abstracta, la existencia de un algo todavía más profundo en vosotros mismos.

Permaneced entonces en las tinieblas; esto es indicio de la proximidad de la victoria; permaneced pacientemente en la obscuridad que circunda el santuario, y un día—no se puede precisar cuándo—la nube desaparecerá y os encontraréis en la cumbre del monte, ante la presencia de Dios, o si habláis en el lenguaje del

Yogui, ante la presencia del Yo, en un vehículo al cual no conocéis aún como vehículo, sino como al mismo Yo.

Cuando se practica el Yoga de Patanjali, ¿qué es lo que queda una vez todas las modificaciones de la mente han sido suprimidas? «Existe,—dice Patanjali,—el Yo que mora en Sí mismo, en su propia forma.»

Mas lo que es importante comprender, es que el Yo permanece siempre el mismo, que si se identifica por ignorancia con cada vehículo, una vez desechado éste, vuelve a identificarse de nuevo con otro inconcientemente; desechando de nuevo este vehículo cuando se ha hecho consciente, asciende todavía en un vehículo más elevado, pero siempre existe un vehículo cualquiera. Y aunque éste sea de la materia más sutil, la materia del plano átmico, siempre será una forma: la forma del Yo; entonces éste permanece en su propia forma.

Ahora bien, si se asciende por este sendero tan difícil, puesto que no es posible determinar sus progresos, a no ser por la tranquilidad, la serenidad, la indiferencia hacia todas las cosas que se manifiesta en el candidato; cuando se siente indiferencia por todo lo del exterior, de lo cual puede, sin embargo, servirse, conservando siempre una conciencia aparte, los *siddhis* son obstáculos, puesto que la mente va siempre al exterior con los *siddhis*, mientras que en este segundo sendero la conciencia bus-

ca siempre en sí misma un Yo más íntimo que el Yo que ha abandonado.

He aquí por qué es tan difícil este sendero; sin embargo, es posible recorrerlo, pero a condición de poseer la cualidad que hemos denominado *fe*.

Pero ¿qué es la *fe*? Algunas veces se responde a esta pregunta: La *fe* es la credulidad. No; la *fe* es una certeza innata de la existencia del Yo; esta certeza es más elevada que la razón. He aquí la verdadera *fe*. Esta *fe* no es opuesta a la razón, sino que está por encima de ella, y habla con voz imperativa a la cual nadie puede resistir; voz elocuente que no admite contradicción, y que dice: «yo sé»; es la verdad suprema, y es necesario tener *fe* en esta voz interior que se proclama entera existencia, imperecedera; sin esta *fe* no se puede atravesar el inmenso vacío en el cual no se es consciente de nada, excepto de que se existe.

Este es el primer sendero del Raja Yoga; es un sendero difícil en verdad, como podéis comprender; aquel otro sendero por el cual se asciende de plano en plano, por medio de la materia de los mismos, es también un sendero del Raja Yoga.

Si se emprende el sendero más difícil, el de la conciencia del Yo, entonces, cuando se llega a los planos búddhico y átomico, todos los *siddhis* se ofrecen al Yogui como servidores; éstos le pertenecen, puesto que todos los *pode-*

res de la materia están a disposición del alma, de la conciencia libertada.

No es necesario para el Yogui que ha seguido este sendero, cultivar los siddhis; todos ellos son sus servidores y se le ofrecen. «Aquí estamos,—dicen—; sírvate de nosotros como quieras.»

Así pues, aunque este sendero sea muy largo y difícil, todo se halla conquistado al fin de la peregrinación; por consiguiente, su recorrido sólo es una simple cuestión de tiempo.

Mas yo os ruego, elegid entre ambos senderos; pues es necesario no confundirlos. Si rechazáis los siddhis, es preciso hacerlo por una razón para vosotros comprensible, y no por un prejuicio ciego, o poco razonable, diciendo: «No quiero servirme de los siddhis», sin poder dar la razón del por qué no deseáis poseerlos.

Cuando seáis absolutamente indiferentes a todos los sentidos corporales; cuando, para vosotros poseer la vista o estar ciegos, sea exactamente lo mismo en el plano físico; cuando estar sordo u oír os importe poco, entonces, poco caso haréis de los siddhis; mas dudo que haya entre vosotros ninguno capaz de tal indiferencia. Hay algunos que dicen: «Yo no deseo los siddhis porque esto es psiquismo»; pero no he encontrado un solo teósofo que haya querido desechar los dones psíquicos en el plano físico donde los conoce; siempre son desechados en un plano donde no son conocidos; se cree más espiritual desechar los siddhis, por-

que se sabe que grandes Yoguis los han rehusado; mas de este modo se rehusa sin conocimiento y sin poder, aquello que los grandes sabios han renunciado con pleno conocimiento de las causas así como de las leyes.

Esto no es santidad, sino ignorancia y locura; esto no es en realidad ser grande, sino pequeño.

Así pues, os ruego procuréis comprender las cosas, y entonces podréis elegir. Si habéis comprendido lo que he dicho referente a estas etapas, a estos métodos, aunque sea teóricamente, entonces podréis elegir el sendero por el cual queréis ascender; pero acordaos siempre de que si queréis marchar por el sendero del conocimiento puro y simple, deberéis renunciar absolutamente a todas las cosas del mundo, puesto que, si apetecéis las cosas que se ofrecen a vuestra vista, también apeteceréis las cosas que no veis, el día que podáis verlas.

Si verdaderamente sois indiferentes hasta el punto de no desear nada del mundo, ni el amor (1) ni el odio; si amor y odio os causan la misma indiferencia; si la calumnia y el elogio son para vosotros absolutamente igual; si ninguno de estos sentimientos despierta en vosotros vibración alguna, entonces podéis decir: «Sí, quiero caminar por esta senda»; si este ideal os atrae, podéis entonces seguir este

(1) Amor material, el aspecto físico, manifestado por el deseo.—N. del T.

sendero; pero, lo repito, es el más difícil de todos. Es necesario un valor sin límites, una perseverancia inagotable capaz de sobreponerse a todo, de superarlo todo, y vivir sólo en la nada: pocas almas pueden soportar estas dificultades y franquear estos obstáculos.

El sendero de la devoción es más sencillo, es otra cosa.

En este sendero existen toda clase de placeres, de goces del alma, los cuales son como flores esparcidas en el camino.

Pero el sendero del ocultismo propiamente dicho, ya sea por la acción, o bien por el conocimiento, es un sendero árido y lleno de punzantes pedernales, en donde los pies se desgarran y el corazón se destroza.

Muy pocas personas son, en verdad, capaces de afrontar el verdadero ocultismo; y si os hablo de esta manera tan seria, es porque es necesario tomarlo en serio, si es que queréis realizar rápidamente lo que la naturaleza realizará en millares de años para vosotros.

El aprender el Yoga no es un juego de niños; es muy difícil; es una labor de gigantes.

Mañana trataré de explicaros lo que es preciso vencer, y tal vez os describa también, en pocas palabras, el sendero más fácil, el sendero de la devoción, en el cual todo hombre de buena voluntad, toda persona de corazón puro y de mente suficientemente desarrollada, pue-

den ascender. En lo concerniente al sendero del ocultismo, es una cosa bien diferente...

III

CUALIDADES REQUERIDAS

Dije en la conferencia precedente, que quería hablar de los obstáculos que se hallan en el sendero del ocultismo; mas creo que es preferible analizar estos obstáculos desde otro punto de vista; es decir, considerar las cualidades requeridas para poder marchar por este sendero. En efecto, es siempre preferible mirar las cosas por el lado positivo en vez del negativo, mirar las virtudes más bien que los vicios; por consiguiente, vale más considerar las cualidades que son el anverso de los obstáculos.

Existen tres grandes cualidades, las cuales es necesario poseer: la primera es un deseo ardiente; la segunda, una voluntad firme; la tercera, una clara inteligencia.

Sin estas cualidades, es imposible marchar por una senda tan difícil; a fin de poderlas comprender, nos es preciso analizarlas y ver cómo pueden ser estas cualidades evolucionadas en nosotros mismos.

Aunque el Yoga no sea sino la aplicación de las leyes de la evolución de la materia, así como de los poderes de la inteligencia, sin embargo, en cierto sentido, no es para ser seguido por todo el mundo; solamente puede serlo por pocas personas. Todo el mundo puede comenzar, todo el mundo puede tratar de aplicarse estas leyes poco a poco a sí mismo; pero sin un método consciente, sin una ininterrumpida y resuelta práctica, no puede convertirse en un hecho para cualquier hombre o mujer; sólo algunos de entre nosotros pueden verdaderamente convertirse en lo que se llama un Yogi; solamente aquellos que resueltamente practican y siguen el Yoga propiamente dicho, tienen posibilidades de éxito en esta empresa.

Así pues, hemos dicho que el Yoga requiere en primer lugar, un deseo ardiente; sin este deseo, es imposible todo éxito; es tan largo el camino, las dificultades son tan grandes, que solamente aquel que ardientemente lo desea puede marchar por este sendero.

Examináos a vosotros mismos: encontraréis en vuestro interior un gran número de deseos; más éstos son pasajeros, fugitivos, no son perdurables: hoy deseáis tal cosa; mañana deseáis tal otra. Los deseos cambian continuamente en el camino del progreso ordinario de la evolución. Es preciso sentir todos estos deseos a fin de evocar los poderes de la inteligencia y del alma.

Algunas veces se habla de los deseos como

si éstos fuesen una cosa mala, y se dice que es preciso no tener deseos. Esto es verdad, una vez alcanzado cierto grado; pero no es verdad en el camino donde se buscan las experiencias.

Nuestros libros hablan de dos senderos llamados Pravritti, el sendero por el cual se va, y Nivritti, el camino por el que se vuelve; y según el sendero que uno siga, debe o no tener deseos.

Mas el procurar matar los deseos cuando aún no se está suficientemente desarrollado, es un error fatal, común a muchas personas. ¿Creéis por ventura que el Logos, creador del universo, habría llenado este mundo de objetos propios para despertar el deseo, si quisiese que éste no existiese? Si Dios no quisiera que los hombres sintieran deseos, el mundo sería muy diferente de lo que es; no se encontrarían en el sendero objetos agradables que os atraen y os dicen a cada instante: «Héme aquí; tómame».

El Logos es como una madre cuyo hijo aun no anda: ésta le enseña un juguete para llamar su atención, se lo enseña desde lejos, diciendo al niño: «Ven, anda, prueba a andar». Impulsado por el deseo de poseer este juguete, el niño comienza a andar. No de otro modo trata el Logos a sus hijos, para los cuales tiene juguetes de todas clases.

El placer, el goce de vivir, los elogios, el poder, todas aquellas cosas que no son completamente satisfactorias para el alma humana, la

atraen, sin embargo, momentáneamente, y llenan así su cometido en el mundo; la tarea de impulsarnos al esfuerzo para comprenderlos y desarrollarnos cuando los hemos alcanzado.

El destruir en un joven todos los deseos es prestarle un mal servicio, pues estos deseos son para él una protección eficaz contra muchos de los pecados del mundo.

Para un joven ambicioso no son, sin embargo, cenagosos todos los caminos en este mundo, puesto que sin este deseo no puede crecer, no puede llegar a alcanzar ningún poder sobre los demás sin aprender a respetarse a sí mismo; impulsado por el deseo, permanece muy a menudo en el sendero de la virtud, evitando de este modo el sendero del vicio, gracias a este deseo más elevado que tiene de alcanzar el poder, bien sea político o social. En estas circunstancias poco importa el objeto: sólo el esfuerzo tiene valor.

El Logos, que comprende muy bien su función, manifiesta todos los objetos deseables ante los ojos de sus pequeñuelos, a fin de que aprendan a andar para convertirse en hombres; los deseos por las cosas elevadas destruyen los deseos más inferiores; los deseos nobles son las espadas que aniquilan los deseos mezquinos.

El deseo de unirse a Dios, de encontrar al Yo, de realizar su divinidad, es un deseo noble y necesario; sin este deseo ardiente como una llama, no se pueden sobrellevar las dificul-

tades, los peligros, los sufrimientos de este Sendero tan difícil y tan corto que conduce rápidamente al conocimiento del Yo.

En segundo lugar, es preciso tener una voluntad firme, invariable.

¿Cuál es la diferencia entre el deseo y la voluntad? Es una diferencia muy notable. El deseo es la misma energía que la voluntad, mas difieren en que el deseo es siempre determinado por un objeto exterior, aun cuando sea el ardiente deseo de que os hablé; el deseo es siempre puesto en actividad por un objeto. La voluntad es la misma energía determinada por el Yo, brotando del interior y no movida por los objetos del exterior. Por consiguiente, la voluntad no cambia como los deseos; es permanente, y es dirigida desde el interior a través de todas las experiencias anteriores del alma durante la larga serie de vidas en que el hombre ha existido en el mundo.

Es preciso encontrar esta firmeza de voluntad; ella permanece oculta en el Yo; es la última cualidad divina del Yo, y dirige todas las experiencias de nuestras vidas por numerosas que hayan sido. Toda la dirección imprimida en el transcurso de estas vidas, emana de la voluntad que permanece oculta en nosotros; es la oculta divinidad que todo lo dirige.

Pero es preciso que esta divinidad se manifieste, que no permanezca escondida, pues la voluntad del hombre, voluntad verdadera-

mente libre, es el don más precioso que posee el alma humana, Es Dios mismo en nosotros.

La voluntad en el hombre es la voluntad divina que camina siempre unida a la voluntad suprema y que se esfuerza en dominar los deseos que pululan en los mundos inferiores; son ellos el reflejo de sus propios poderes, pero se levantan contra aquéllos, de los cuales son los verdaderos hijos.

En tercer lugar, es preciso una inteligencia penetrante, intensa, sin lo cual no existe Yoga posible.

Mas ¿cómo hacer brotar, cómo hacer crecer estos poderes del alma?

Se puede contestar a esta cuestión con tres palabras; cada una de ellas se refiere a una capacidad.

Se puede estimular el deseo pensando, se puede desarrollar la voluntad obrando, y se puede desarrollar la inteligencia estudiando.

He aquí los tres medios que debo precisar.

Podéis crear en vosotros exactamente aquello que deseáis alcanzar: esto es solamente cuestión de tiempo y de esfuerzo, nada más. Todo cuanto podéis pensar, imaginar y concebir, podéis crearlo en vosotros mismos: ésta es para vosotros la verdad más importante.

Se puede decir con razón que los indos poseen una voluntad firme; y sé bien, sin embargo, que se dice a menudo que el indio es pasivo. Esto es debido a que, a pesar de po-

ser una muy firme voluntad, existen pocos objetos que para él merezcan la pena de ponerla en actividad. Este pasa indiferente, quizás demasiado indiferente algunas veces, agobiado por una idea imperfecta de lo que llamamos el Karma; el indo, mira algunas veces el Karma como un destino impuesto desde el exterior y no como una creación del alma.

Así pues, el indo, manifiesta a menudo una pasiva indiferencia y pereza. Pero si encuentra un objeto verdaderamente atrayente para él, al instante veréis surgir la voluntad de este ser.

¿Qué pensaréis de un hombre capaz de tener su brazo al aire hasta que se atrofia y se hace insensible? Pensad en la gran voluntad que se necesita para esto, pensad en las angustias, en los dolores que han precedido al momento en que el brazo ha permanecido en dicha posición. Tratad de hacerlo durante una hora, y os daréis cuenta de lo que sería hacerlo durante años: de este modo podréis medir la firmeza de voluntad del indo, cuando verdaderamente quiere alcanzar alguna cosa. Generalmente no desea nada; nada merece retener su voluntad, y es por esto que se encuentran Yoguis en la India capaces de actos inútiles, como el de hacer morir un brazo; mas la voluntad que puede obtener este resultado es una cosa que no tiene precio.

No es a esta clase de voluntad a la que he hecho alusión en un principio; es a la voluntad

dirigida hacia una práctica determinada, a la meditación acerca de una virtud, por ejemplo, cosa que es bien comprendida en la India.

He conocido un indio de edad madura—tenía entonces unos cincuenta y cinco años—, que durante cuarenta años había tenido la costumbre de meditar cada día en una sola virtud, la virtud de la *verdad*. ¿Es una larga fecha, verdad? Pero en la India son frecuentes las meditaciones como ésta. ¿Cuál fué el efecto de estas repetidas meditaciones?

Nadie podía decirle una falsedad sin que inmediatamente lo comprendiese, y como era entonces juez de un cantón, jamás un solo testigo ni un solo acusado pudo engañarle.

¿Comprendéis de qué modo pudo llegar a este resultado? Es cosa bastante fácil.

Os he dicho que a cada vibración de la materia, corresponde un estado de conciencia. Al estado de conciencia que está en relación con la verdad, a un pensamiento acerca de la verdad corresponde una vibración en el cuerpo mental; cada vez que se piensa en la verdad, se repite esta vibración en dicho cuerpo. Si cada mañana durante cuarenta años repitieseis tal pensamiento acerca de la verdad, vuestro cuerpo mental reproduciría siempre las mismas vibraciones particulares. Habiendo tomado el cuerpo mental este hábito, cuando se encuentra ante una conciencia que presente otro estado, el de la mentira, ambas vibraciones están

en completo desacuerdo, sucede lo que en una definición musical.

He aquí el caso, que es muy sencillo. Este juez, no leía en la mente del testigo o del acusado; no ero ni clarividente ni clariaudiente, puesto que no veía la mentira; sólo bastaba la nota dada por el testigo para producir una disonancia con la vibración de su cuerpo mental; la sensación era sentida tan inmediatamente como es sentida una nota discordante producida entre dos notas musicales.

Vosotros podéis obtener el mismo resultado si queréis. Mas ¿no es cierto que comprendéis que es preciso un deseo muy ardiente de conocer la verdad para meditar así cada mañana durante cuarenta años?

Por otra parte, no es necesario meditar tan largo tiempo para adquirir poco a poco esta sensibilidad. Una perseverancia semejante es muy difícil obtenerla entre los occidentales; éstos procuran siempre disculparse. Se medita bien durante una semana, a lo sumo durante un mes; pero durante un año, es imposible; y si después de transcurrida una semana no se hace ostensible ningún progreso, lo cual es imposible reconocer durante un tan corto experimento, entonces es abandonada la meditación.

Si deseáis verdaderamente perfeccionar vuestro cuerpo mental, cosa necesaria para la práctica del Yoga, es preciso poseer esta firme voluntad y poder para dirigir el pensamiento.

La imaginación, he aquí vuestra energía creadora. Imaginad aquello que deseáis, pero imaginadlo con toda precisión, y os convertiréis en un creador.

Este es el solo poder del cual se sirve el Logos para crear un universo. Este, imagina un universo, y el universo viene a la existencia.

También vosotros podéis ejercer este poder necesario para el Yoga; tratad todos los días, aunque sólo sea durante dos o tres minutos, de imaginaros alguna cosa con toda claridad y precisión, como hace el artista cuando quiere pintar un cuadro: si podéis percibir un objeto con todos sus pormenores, esto es ya un resultado. Cada uno de vosotros posee el poder de la imaginación, si bien en diferente grado de desarrollo; existen personas cuya imaginación es muy poco viva. Sin embargo, en todos existe el germen de este poder; cultivadlo, tratad de desarrollarlo; de activarlo en vuestro interior, pues en este poder de la imaginación que es verdaderamente divino, encontraréis todos los poderes que os son necesarios para vuestra evolución; ensayad durante dos o tres meses el experimento en vosotros mismos, imaginad una virtud de la cual carecéis, y al cabo de algún tiempo veréis despuntar los albores de esta virtud en vuestra vida.

Cuando hayáis hecho este experimento en vosotros mismos, habréis hecho mucho más que leyendo una docena de obras sobre el poder del pensamiento: los libros son la expre-

sión de las ideas de otro; vuestra experiencia radica en vosotros y estaréis más convencidos por vuestra propia experiencia que por la lectura de un libro o de una conferencia.

Si comprendéis que poseéis esta energía creadora de la imaginación, comenzad por el deseo.

Os es imposible cambiar vuestros deseos en tanto que éstos son tales; deseáis o no deseáis; una cosa os agrada u os desagrade; éste es un hecho contra el cual nada podéis.

¿Cómo se puede obrar sobre el deseo por medio del pensamiento?

Podéis mirar frente a frente un deseo y pensar en todas las consecuencias que seguirán a la satisfacción del mismo tanto si es bueno como si es malo.

Pensando en las funestas consecuencias de un mal deseo, nacerá en vosotros un principio de repulsión por los objetos que antes deseabáis.

Y aun podéis hacer otra cosa. Si veis que uno de vuestros deseos da siempre por resultado alguna desgracia, no penséis en el objeto que os atrae, sino en la desgracia que os aporta, y, al cabo de poco tiempo, la sola vista de este objeto os causará repulsión.

Si, por el contrario, deseáis cultivar un buen deseo, que os eleve, fijad el pensamiento en las buenas consecuencias que seguirán al ser éste satisfecho. Este deseo será de este modo cada vez más fuerte, cada vez más ardiente:

si deseáis cultivar un ardiente deseo por el Yoga, necesario para su consecución, entonces deberéis pensar durante largo tiempo, durante meses, y aun durante años, en todos los magníficos resultados que sucederán al éxito en el Yoga, en todos aquellos resultados que pueden derivarse de la unión con el Yo, en todos los poderes con que podréis ayudar a los demás cuando os habréis identificado con el Yo.

De esta manera nacerá en vosotros aquel deseo que he comparado a una llama que devora cuanto hay de malo en vosotros, que consume los lazos que os ligan a las cosas inferiores de este mundo.

¿Cómo se podrá ahora fortalecer la voluntad? Simplemente obrando.

No se trata ya de pensamientos, sino de acciones, de actividades. Es necesario practicar diariamente, es preciso que os obliguéis a llevar a cabo aquello que os habéis propuesto, aunque en el momento determinado os sea molesto; es necesario que os esforcéis en realizar esta actividad que habéis resuelto ejercitar y repetirla cada día, dominando de este modo la resistencia del cuerpo por medio de la práctica de este ejercicio.

Poco importa el sujeto hacia el cual dirijáis vuestra actividad: lo esencial es que esta actividad sea un hecho.

Los Djains jóvenes, tienen la costumbre de elegir cada mañana tres o cuatro tareas distintas, las cuales imponen a su actividad durante

el día; un niño de diez años, por ejemplo, dirá: «No quiero sentarme hoy más de tres veces»; esto es, si queréis, una necedad, lo concedo; pero cuando este niño se ha sentado las tres veces, no se sienta más en todo el día.

El resultado obtenido es mínimo, casi ridículo; pero, sin embargo, la voluntad se ha desarrollado con estas determinaciones, repetidas cada mañana y sostenidas durante el transcurso del día, y por este medio se hace consciente la voluntad.

Desde el punto de vista práctico, sería muy útil para vuestros hijos que cada mañana les exigieseis una pequeña promesa, que deberán mantener durante el día: entonces veréis con asombro manifestarse la voluntad resistiendo a la tentación de hacer lo que no debe.

Mas en este sendero no elijáis al principio cosas difíciles: proponeos objetivos fáciles, pues es muy difícil el hacer o dejar de hacer una cosa, por pequeña que sea; es preciso poseer memoria y voluntad; entonces uno se hace más consciente, guía sus acciones, decide lo que hará, y en realidad la conciencia interrumpida del Yo es lo que nos convierte en Yoguis.

Formulad cada mañana vuestros propósitos; no los comunicéis a nadie; poned vuestro amor propio en mantener esta promesa, y veréis cuán rápidamente se fortalece vuestra voluntad.

Mas no olvidéis que si bien es muy fácil for-

mular un propósito es mucho más difícil el cumplirlo.

En este estado, la mente permanece en actividad. ¿Cómo desarrollarla?

Estudiando todo aquello que es necesario, alcanzaréis este resultado; no quiero decir que lo alcancéis leyendo libros, cosa muy fácil, sino estudiando los libros.

Algunos de entre vosotros leerán mucho, tal vez demasiado, y esto, sin un gran resultado desde el punto de vista de la evolución de la mente, la cual permanece como una canastilla siempre medio vacía; pues leer un libro es solamente seguir la mente de otro; estudiar, por el contrario, es evolucionar el cuerpo mental.

El estudio severo, sostenido, perseverante, he aquí lo que se necesita para hacer que la inteligencia despierte y se vivifique. A este estudio es preciso dedicarse todos los días sin jamás faltar ni uno solo.

Aquí tenéis, pues, las tres cualidades absolutamente indispensables.

Mas es necesario una cuarta cualidad para marchar por uno de los dos senderos que ayer describí: esta cualidad a que me refiero es la energía.

Si deseáis caminar por este sendero en el cual desarrolláis los vehículos físico, astral y mental, a fin de que la inteligencia pueda emplearlos, es necesaria la energía; en el otro sendero no es tan precisa esta energía; en él se manifiestan los poderes del Yo; en este segundo

sendero existen dificultades, es cierto, pero no peligros. El primer camino indicado, el del ocultismo, es, por el contrario, muy peligroso; ofrece una suma de peligros que no se encuentran en el camino de la espiritualidad.

Lo repito: en el sendero del ocultismo, donde se alcanza el conocimiento por medio de los vehículos, es preciso tener valor, pues que los cuerpos físico, astral y mental, deben afrontar muchos peligros en cada uno de los planos; si el valor es necesario al soldado que se bate en campaña, no lo es menos en aquel que desarrolla los siddhis.

Pues, sin valor, es imposible el progreso; mas es preciso también reglamentar los cuerpos a fin de purificarlos y organizarlos. Sin esta purificación, los peligros se convierten en grandes poderes de destrucción.

¿Cómo, pues, purificaremos los cuerpos?

Se purifica el cuerpo físico no haciendo uso sino de alimentos puros.

Los indos dividen los alimentos en tres clases: alimentos sátvicos, armonizadores; rajásicos, productores de energía, de fuerza, tumultuosos, cuyas vibraciones son muy fuertes, pero no son rítmicas; y tamásicos, los que producen vibraciones lentas y confusas.

¿Cómo reconocer estas tres clases de alimentos? Todos poseen cualidades bien definidas.

Todos los alimentos que no son perfectamente frescos, como la caza que se ha guardado demasiado, aquellos alimentos que se han he-

cho cocer, pero que se han comido demasiado tarde o al día siguiente, por ejemplo, son alimentos tamásicos; toda sustancia en descomposición es un alimento tamásico. Es preciso evitar esta alimentación.

Los alimentos rajásicos son aquellos que contienen la savia vital, la sangre de los animales; son de propiedades rajásicas porque el animal tiene la mente muy poco desarrollada; el animal es la encarnación de los deseos, pues está organizado de una manera kármica, pasional, con instintos muy violentos.

Estos alimentos son de alguna utilidad para el cuerpo; pero es preciso evitarlos en el Yoga, así como también los alimentos del reino vegetal que poseen algo del magnetismo animal.

Los alimentos que producen vibraciones perfectamente rítmicas son alimentos sáttvicos; éstos son todos los vegetales, en los cuales la vida entra lenta y gradualmente en actividad; todos los granos que producen nuevas vidas, contenedores de una vitalidad siempre creciente. Las frutas, los granos; he aquí los mejores alimentos para el cuerpo físico; estos alimentos harán el cuerpo físico sensitivo y armonizarán sus vibraciones.

Es preciso evitar la corrupción bajo todas sus formas, puesto que ésta influye en ciertas regiones cerebrales todavía incompletamente desarrolladas en el hombre ordinario, pero absolutamente necesarias para el cuerpo físico

cuando se practica el Yoga; me refiero al cuerpo pituitario y a la glándula pineal.

Estas dos pequeñas partes del cerebro son esenciales para el desarrollo del Yogui, y el alcohol, por ejemplo, las paraliza muy rápidamente; es, pues, preciso desechar el alcohol bajo todas sus formas, si queréis dedicaros a la práctica, sin lo cual la meditación y la concentración producirían la irritación y la inflamación en estas partes del cerebro hasta el punto de hacer muy difícil su curación. Esto es lo que se requiere para el cuerpo físico.

Pero recordaos de que si en el cuerpo astral alimentáis deseos impuros, o en el cuerpo mental pensamientos asimismo impuros, aunque os esforcéis en purificar vuestro cuerpo por el uso de alimentos puros, la reacción de estos deseos y de estos pensamientos mantendrá siempre el cuerpo impuro: los deseos y pensamientos puros son necesarios a todo aquel que quiere que el cuerpo físico sea puro.

Algunas veces son olvidadas estas cuestiones de la purificación, exponiéndonos a los más serios peligros del plano astral.

Sin duda habréis oído hablar de este ser que se denomina «el guardián del umbral del plano astral». La palabra «guardián» es aplicada en ocultismo a tres especies de seres completamente diferentes, siendo siempre necesario el precisar el sentido con que es empleada la palabra «guardián».

Los primeros guardianes del plano astral son

los elementales de la naturaleza, puesto que se entra en el plano astral por los subplanos más próximos al plano físico, y los elementales de los subplanos se relacionan con el reino animal. Estos elementales son los devas y no sienten simpatía hacia los hombres.

Vosotros podréis comprender el porqué de esta carencia de simpatía.

Desde el punto de vista de estos elementales, el hombre es el agente destructor en la naturaleza, es el que pisa y aplasta la hierba, que corta los árboles, y que mata los animales; para estos elementales, es el hombre un diablo que siembra por doquiera la muerte, y todos los males que ellos procuran evitar, en el reino vegetal y animal, proviene del hombre.

Así pues, los elementales de la naturaleza odian al hombre, y ven en él un espíritu malhechor.

Cuando el hombre comienza a actuar, a moverse y a funcionar en el cuerpo astral, este cúmulo de elementales se precipita sobre él para tratar de asustarle; pero no pueden verdaderamente hacerle mal alguno, pues no tienen semejante poder, solamente tratan de espantarle haciendo uso para este objeto de las figuras más abominables, haciendo muecas terribles y repugnantes.

Armados de valor, hemos de seguir adelante, sin prestar la menor atención a todos estos seres que hormigean alrededor nuestro. Nosotros diremos: «Estos seres no tienen ningún

poder para inferirme daño alguno; yo soy un ser consciente, divino. ¿Qué pueden contra mí estos creadores mucho más pequeños que yo en el reino del alma?»

Si se tiene este valor, todos los elementales retroceden, emprendiendo la fuga y desapareciendo.

Luego, poco a poco, se adquiere la confianza de estos elementales, y uno se convierte, por el contrario, en su amigo; éstos comienzan a comprender que no sentís ningún odio contra ellos, que no queréis destruir nada, que sois en realidad sus amigos, y no los enemigos de nadie: entonces pierden todo temor y se convierten en vuestros aliados.

Este primer peligro es, pues, de poca importancia, pero no diré otro tanto del segundo. Este otro peligro, es vuestro propio pensamiento encarnado en las formas de pensamiento, o elementales artificiales que encontraréis en el umbral del plano astral.

Todo cuanto existe de malo en vuestros pensamientos, todos los crímenes no expiados, todas las injurias de que os habéis hecho culpables, todo lo que llamáis el mal Karma, se encarna en formas materiales para arrojaros de este umbral.

Así pues, comprenderéis ahora la necesidad de la larga serie de vidas de bondad y de virtud antes de afrontar estos peligros, a fin de que este mal Karma sea agotado en el mayor grado posible, de modo que no quede sino muy

poco que esté en oposición con vosotros cuando entréis en este plano.

Este es el segundo guardián del umbral.

El tercer guardián es mucho menos frecuente, pero también más terrible.

Algunas veces, sucede que en alguna de sus vidas, puede el hombre haber caído en vez de elevarse; esto significa que no resistió a las tentaciones; sino que en tal caso cedió a ellas, cede a todo lo que es malo en la naturaleza, y desecha todo lo que en él es bueno; combate contra lo que el Yo superior trata de inculcar en él; la carne, las pasiones, luchan siempre contra la virtud, y en esta lucha encarnizada se llevan la victoria hasta el punto que los cuerpos físico, astral y mental se obscurecen tanto por el pecado, que el Ego superior los rechaza con horror diciendo: «No quiero ya nada de vosotros; ya no me pertenecéis».

En una de las Escrituras de la India se lee: «El Yo se convierte en el enemigo de aquel que no quiere someterse a sus leyes». En este caso el Yo repudia sus cuerpos, y de este modo los cuerpos son separados del Yo; han perdido este principio de vida eterna y andan errantes en el plano mental, en el plano astral, y aun a veces en el plano físico, sin alma, sin el Dios innato que se retira de su templo; puesto que éste no es ya el templo santo, el Dios ha desaparecido.

Algunos hombres no tienen sobre la tierra conciencia del bien ni del mal; viven en el mal

sobre la tierra, como en una atmósfera donde no hallan ninguna dificultad en respirar y moverse.

En tales condiciones, la muerte mata solamente al cuerpo físico, el cual ha perdido su alma; pero el cuerpo astral persiste por algún tiempo todavía muy fuertemente vitalizado, puesto que los deseos, los deseos animales y no humanos, son verdaderamente poderosos. Si la parte de estos deseos que corresponde al elemental permanente es vitalizada hasta la hora en que el Ego ha vuelto a construirse otros nuevos vehículos, mental, astral y físico, es decir, si vuelve a la tierra con nuevos cuerpos antes que el cuerpo astral desechado haya sufrido la desintegración, entonces este cuerpo astral de la vida precedente se convierte en el más fiero guardián del umbral del plano astral.

Pero, felizmente, este caso es raro; pero, sin embargo, podréis comprender algunos de los peligros que es necesario afrontar.

No obstante, es posible vencer este destino terrible, aunque es bastante difícil, y aquellos que poseen semejante guardián del plano astral, harán bien en no practicar el Yoga en su existencia presente, sino vivir solamente una vida noble y bienhechora, a fin de que este terrible guardián se desintegre con el tiempo.

Es, pues, útil, antes de comenzar la práctica del Yoga, preguntar a algún clarividente en este plano para saber si se tiene el espíritu li-

bre de semejante pasado, de este peligro que he procurado describir.

Existen aún otros peligros menos graves, en este plano; son los que se llaman peligros del fuego, de los líquidos, de los sólidos y del aire.

Es preciso que aprendáis, por medio de fáciles lecciones, que en la materia del plano astral, nada puede oponerse a la voluntad humana, nada absolutamente; la materia está siempre supeditada a la voluntad.

Por consiguiente, podéis encaminaros allí donde os plazca. Si veis alguna cosa aparentemente infranqueable, no lo es en verdad para vosotros, si deseáis seguir adelante; pero es preciso saber todo esto, pues sin este conocimiento no podríais avanzar.

Mme. Blavatsky nos refirió, un día, una historia bastante curiosa. Como sabéis, ella era bastante gruesa, y, encontrándose una vez en el plano astral, vió sin embargo que podía pasar fácilmente por un sitio muy estrecho; no obstante, he aquí que cuando se encontraba en medio de aquel estrecho pasadizo, se dijo: «Soy demasiado gruesa para poder pasar por aquí»; y al instante se encontró de tal modo oprimida que le era imposible avanzar ni retroceder.

Esto es debido a que ella pensó que no podría pasar; mas al darse cuenta, dijo: «Estoy loca; yo puedo pasar por todas partes en el plano astral»; y al instante recobró la libertad de sus movimientos.

Existe aún otra pequeña dificultad si llegáis a actuar tontamente en el plano astral: la de pensar aunque no sea más que por un instante, que cualquier cosa puede causaros daño, pues este pensamiento repercutiría en el cuerpo físico.

Esto no es un gran peligro, pero no obstante no deja de ser perjudicial.

Durante el naufragio de un navío en el cual me encontraba en cuerpo astral, vi que uno de los mástiles iba a caerse, y tontamente pensé: «Este mástil va a caer sobre mí»; pero al instante me dí cuenta y dije: «Estoy en cuerpo astral, y no puede causarme ningún mal físico». Mas era demasiado tarde: al despertar, mi cuerpo había recibido el daño causado por el mástil físico caído sobre el cuerpo astral..

En suma, estas pequeñas aventuras, en el plano astral, no son en realidad las que ofrecen peligro.

Existe otro peligro más serio: el de las ilusiones astrales.

Cada uno de vuestros deseos aparece objetivamente en el plano astral como un aliado; probablemente no lo reconoceréis como deseo vuestro, sino como alguien que viene a veros, y os da la bienvenida, y si es un deseo pernicioso o imperfectamente bueno, es un seguro enemigo y puede seduciros y apartaros del camino, puede unirse a vosotros de tal modo que os retendría en vuestro sendero ascendente.

Antes de afrontar el plano astral, haréis bien en desechar todos los deseos del plano físico; entonces estaréis en completa seguridad; pero si vuestros pensamientos no son correctos y verídicos, si no responden a vuestras aspiraciones actuales, siempre sufriréis decepciones en este plano, toda vez que estos pensamientos os mostrarán como realidad lo que no es sino engaño y ficción.

Es pues preciso no pensar sino en cosas absolutamente verdaderas, de lo contrario las decepciones serán continuas; veréis ángeles, amigos y guías allí donde no hay sino enemigos que os harán caer sin que sepáis de dónde ni de quién proceden las caídas.

Ya veis cómo, aun en este estado, existe la necesidad de una purificación lo más perfecta posible.

Algunas veces hay malas interpretaciones entre los teósofos acerca de estas cuestiones.

Cuando insisto en la necesidad que hay de purificarse, y cuando añado que hay discípulos que no han alcanzado suficiente grado de pureza, se me acusa de contradicción: en verdad no hay tal contradicción. Es posible franquear este umbral sin ser puro; así como es posible moverse libremente en el plano astral sin haber alcanzado un suficiente grado de pureza; pero también es verdad que existen terribles peligros si este grado no ha sido alcanzado.

Así pues, el deber de todo aquel que sabe que existen estos peligros, es el de decir al es-

tudiante: No recorras el plano astral si no eres puro. Podrán llegar a él, es cierto; pero afrontando numerosos peligros y sufriendo terribles caídas.

Pero si me decís: ¿Puede tal o cual persona recorrer el plano astral, aunque no sea pura, esto es, aunque posea algún vicio? A semejante pregunta respondo que sí, que esto es posible.

Es necesario comprender bien esto, a fin de evitar continuas malas interpretaciones que os harían mucho mal.

Existe todavía un peligro mucho más grande; mas éste no se presenta sino a aquellos que han ascendido verdaderamente alto en el Sendero; me refiero a los esfuerzos de la «fraternidad negra», los cuales actúan sobre las virtudes mismas a fin de destruirlas.

No es posible hacer caer a un alma elevada, por medio del vicio, puesto que un alma tal los ha traspuesto; pero se la puede hacer caer algunas veces por la exageración de la virtud, que verdaderamente se convierte en vicio para el discípulo, cuando pierde el equilibrio.

Es posible caer en el exceso, en la práctica de una virtud; «la virtud es siempre el medio», ha dicho Platón; y en una Escritura inda se lee que el sendero es tan estrecho como el filo de un cuchillo, y que es fácil caer de un lado o de otro.

Es preciso, pues, permanecer absolutamente equilibrado para atravesar este sendero; siendo

así que la «hermandad negra», no pudiendo, como hemos dicho, servirse de los vicios, busca en su ayuda las virtudes.

Del mismo modo, pueden ellos entenebrecer y ser causa de la confusión de la mente, no pudiendo el alma en tales nebulosidades ver ni determinar dónde está el Sendero del deber, y esto causa a menudo las caídas.

Para aquellos que saben, las caídas no significan absolutamente nada, pues solamente son una experiencia; aun cuando la caída dure una vida entera, ¿qué significa un día entre los numerosos días de la vida inmortal?

Para aquellos que recuerdan el pasado, y que vislumbran el porvenir, que han llegado a comprender algo de este porvenir, ¿qué es una sola vida, por larga que sea? Un día tan sólo y nada más. Puede ocurrir un accidente cualquiera que dure un día o una semana de la presente vida. ¿Constituye esto, por ventura, un caso tan terrible, tan espantoso? No, en modo alguno: esto sólo es cuestión de algunos días.

Si aquellos que quieren seguir el Sendero del ocultismo, este Sendero lleno de peligros, caen en su camino, esto no significa nada; volverán a levantarse, y de nuevo emprenderán su marcha; esto no será sino una experiencia que enriquecerá su vida.

Mas no se debe marchar por este Sendero si no se es capaz de distinguir entre el Yo y sus vehículos, si no puede uno decirse a sí mismo: «Yo no soy este vehículo», si no puede decirse

uno con una serenidad perfecta: «Este vehículo me es útil, pero en la vida no tiene otro valor; yo siempre soy yo mismo, eterno e inquebrantable».

Mas es preciso haber alcanzado una elevación considerable antes de poder permanecer equilibrado en estas circunstancias y poder decir que, si el yo inferior, Juan, María o Guillermo, u otro nombre cualquiera, sucumbe, poco importa, si es su karma el expiar un crimen bajo del pasado en la vida presente. Esto, será en cierto modo una gran ventaja, puesto que el crimen y su expiación pertenecerán al pasado, y una vez salvada esta dificultad se podrá seguir adelante sin preocuparse más.

Pero no es así, ciertamente, cómo se miran las cosas en el mundo.

Así pues, el sendero del ocultismo tiene acceso para muy pocas personas, y nunca será comprendido por el mundo.

Pero, lo repito, no es necesario emprender este camino para ascender; puede tomarse un sendero que ofrezca menos peligros, a pesar de las dificultades y sufrimientos que se encuentren en él: el Sendero del amor hacia Dios y hacia la humanidad.

En este Sendero, el místico, el verdadero místico, lleno de amor a Dios, siente arranques de emoción, de goce espiritual, oleadas de gozo en las cuales se puede bañar su ser.

¿Cuál es, pues, el reverso de la medalla en

el sendero del Misticismo, puesto que toda medalla tiene su reverso?

Son los profundos dolores que han sido llamados «la noche del alma», obscuridad que anonada, aridez en todas partes, en que la vida se desvanece, donde el alma se agota, donde divaga en un inmenso vacío sin poder encontrar nada, ni a Dios ni al hombre, aislada, desolada, sin Dios y sin auxilio humano.

El atravesar esta obscuridad, es el precio con que se pagan los goces del místico; y si sois incapaces de soportar esta noche del alma, no busquéis aquellos goces.

El día más claro, el sol más brillante, es siempre seguido de la obscuridad de la noche; la noche, a su vez, es reemplazada por el sol: así pues, bien puede sufrirse la obscuridad cuando se sabe que en seguida se regocijará en la plena luz. Mas no lo olvidéis: no es posible alcanzar el uno sin el otro, el sol sin la obscuridad.

Si queréis, pues, sentir los goces del misticismo, sobrellevad estas penas, estas noches.



Ni el misticismo ni el ocultismo son el sendero de la espiritualidad pura y simple; este sendero es el último, del cual me resta hablar.

Este sendero es muy difícil, y muchas per-

sotas de las que creen que marchan por él son incapaces de ello.

He dicho que la espiritualidad es la conciencia de la unidad, y una inteligencia un poco desarrollada puede comprender hasta cierto punto lo que se entiende por unidad.

Mas la espiritualidad no es solamente este conocimiento puramente intelectual de la unidad; la espiritualidad es la identificación con el Uno, el solo Ser, el Yo, cosa extremadamente difícil.

Comprenderéis lo que es esto, estudiando las vidas de estos grandes maestros espirituales que, de tiempo en tiempo, han venido a nuestra tierra, como Buddha y Cristo.

Buddha y Cristo, representan dos tipos de una espiritualidad perfecta.

Entre las personas verdaderamente buenas y compasivas observaréis algunas veces un gran horror al pecado, contra el cual manifiestan ellos una indignación apasionada.

Esto es muy bueno, y este horror al pecado es necesario para el mundo, sin lo cual no se purificaría la sociedad; y aun cuando esta indignación va dirigida contra el pecador, esto es, sin embargo, un bien, pero no es la espiritualidad; este horror al pecado es a manera de un fuerte viento que disipa las nubes y purifica las calles; esto para la felicidad de la sociedad humana es de toda utilidad, y no puedo encontrar en ello nada que decir.

Mas, lo repito, esto no es la espiritualidad.

Cuando uno se indigna contra el pecado—no quiero decir contra el pecador, pues todo el mundo debe amarle, sino que cuando el pecado os repugna,—significa que vosotros mismos corréis el peligro de caer en este pecado, por lo cual el Yo repele con fuerza, con energía, los vehículos lejos de la presencia de este peligro.

Las mujeres, a menudo consideran como una señal de pureza femenina el sentir odio hacia la impureza, y censuran despreciativamente las faltas de castidad: esto es muy bueno, pues demuestra que ellas desean ser puras; pero este odio hacia la impureza demuestra también al ojo que puede ver, que la virtud de tales mujeres peligraba también.

Rechazar a la mujer impura, cerrarle su casa, apartar de su lado a la pecadora; todo está muy bien; pero el Cristo se consideraba dichoso al ver que la pecadora le besaba los pies.

He aquí la gran diferencia: no todos son el Cristo; todo este odio contra el pecado es, pues, como una muralla que protege a los débiles, muralla necesaria, puesto que la generalidad de los hombres son débiles. Y si muchos de ellos son buenos, es porque no son tentados.

Si las mujeres son más puras que los hombres, es porque ellas no afrontan las mismas tentaciones; tampoco el mundo pide al hombre la misma pureza que a la mujer, y sin embargo la pureza es la misma para el hombre que para la mujer; el hombre impuro, no es, como

alma, mejor que el alma de la mujer impura; la pureza no tiene sexo, excepto en la sociedad humana; a los ojos del alma no hay diferencia entre el hombre y la mujer cuando se trata de pureza: de cada uno se exige el mismo grado de pureza.

Aquellos que verdaderamente son espirituales, los Cristos del mundo, no sienten odio, ni aun contra el pecado, cuanto menos contra el pecador; puesto que el Cristo sabe muy bien que el pecado, así como el bien, es necesario para la evolución del hombre; sabe también, que aquellos que pecan son ignorantes y carecen de experiencia. Conociendo la unidad de la vida, identificándose con esta vida, para el Cristo, el pecado de otro es Su pecado y no se siente separado de él.

He aquí la gloria del Cristo. El no puede separarse de los pecados del hombre; el pecado de la humanidad es el pecado del Cristo; y el Evangelio dice aún: «El vino al pecado para salvar a los hombres».

Solamente amáis al Cristo de hace dos mil años, y no sabrías amarle entre vosotros en vuestra mundana sociedad. Si viviese entre vosotros, diríais: es un ser inmoral, no aborrece el pecado, es tolerante y compasivo; y ni aun le dejaríais penetrar en vuestras casas por miedo de que su presencia mancillase vuestra pureza.

Evidentemente, es una cosa muy difícil ser verdaderamente espiritual; deseáis uniros con los santos y con el Cristo porque esta unión os

elevaría; pero no deseáis uniros a los pecadores por miedo de envileceros. Yo os digo que no podéis uniros con el Cristo solamente y dejar al pecador.

No hay más que una sola vida, un solo Yo, y si os habéis identificado con este Yo, también lo estáis con el pecador más degradado, así como con el Dios más puro

Si no queréis aceptar esta gran verdad, si no podéis comprender que lo que digo es realmente una verdad, entonces podréis ser buenos ciudadanos, podréis ser hombres y mujeres verdaderamente buenos, pero no seréis espirituales.

Y si habéis comprendido lo que es la espiritualidad, aun no sé si querréis aspirar a ella; es demasiado elevada para aquellos que todavía son pequeños.

«Sé lo que es la espiritualidad, mas no puedo ascender a este punto tan elevado; no puedo dejar de reconocer la belleza, la divinidad de un Ser para quien el santo y el criminal son sus hermanos, que todo lo ama, que todo lo comprende, y que todo lo perdona.» He dicho que perdona. Pero no ha de perdonar, puesto que El se identifica con todos; no se tiene nada que perdonar cuando se es el mismo que aquellos a quien se quiere conceder el perdón.

Así, hermanos y hermanas míos, tratad solamente de comprender, y escoged vuestro sendero particular. A vosotros toca la elección y las posibilidades; pero para los demás, os lo

ruego, sed caritativos; pensad que no podéis comprenderles; no sabéis su pasado, y tampoco podéis juzgar su porvenir; ellos son una parte de vosotros mismos: no digo que son vuestros hermanos; sino que insisto en que son una parte de vosotros mismos.

La idea de fraternidad es una cosa inmensamente grande, es la identidad perfecta, y en el ideal teosófico, es el Yo único que reside en el corazón de cada forma, es decir, que vosotros y yo, somos Uno.

EL HOMBRE PERFECTO

EL HOMBRE PERFECTO

Existe en la evolución del hombre, un sendero por recorrer que precede inmediatamente al objeto hacia el cual tienden los esfuerzos de la humanidad.

Recorrido este sendero, el hombre como hombre ha cumplido toda su labor. El ha alcanzado la *perfección*, ha llegado al término de su carrera. Las grandes religiones han dado diferentes nombres a este hombre perfecto; pero sea cual fuere este nombre, la idea que entraña es la misma. Puede llamarse Mitra, Osiris, Krishna, Buddha o Cristo; siempre es el símbolo del hombre perfecto.

Este símbolo, no pertenece a una sola religión, ni a una sola nación, ni tampoco a una sola familia humana, ni es limitado por el lenguaje de un solo credo. El ideal más noble y más perfecto se encuentra en todas partes. Las

religiones todas lo proclaman; todos los credos están justificados en El. El es el ideal que toda creencia persigue, y de la precisión con que ésta enseñe el camino que a El conduce, así como de la luz que arroje sobre este sendero, depende la perfección con la cual una religión cumple el divino mensaje que le fué confiado. Este nombre de Cristo, por el cual el Cristianismo designa al hombre perfecto, es el de un estado más bien que el de un hombre. El pensamiento del Instructor cristiano fué la esperanza gloriosa del Cristo en nosotros. El curso de la evolución del hombre conduce en efecto al estado de Cristo, y todos con el tiempo debemos cumplir esta larga peregrinación.

Aquel cuyo nombre está en Occidente por encima de todos los hombres, es uno de los Hijos de Dios que ha llegado al objeto final de la humanidad. Esta palabra ha simbolizado siempre un estado, el de «Ungido» del Señor, que todos deben alcanzar. «Mira en tu interior; tú eres Buddha». «Hasta que el Cristo sea formado en vosotros». Tales son las frases de que se sirvieron los diversos instructores.

Para convertirse en un grande artista ¿no es acaso necesario oír las obras maestras de las celebridades musicales y abismarse en las melodías de los grandes maestros? Así deberíamos hacer nosotros, hijos de la humanidad: marchar con los ojos y el corazón abiertos en la incesante contemplación de las cimas donde permanecen los hombres perfectos de nuestra raza. Lo

que nosotros somos, ellos fueron; lo que ellos son, llegaremos a ser nosotros.

Todos los hijos de los hombres pueden hacer lo que ha hecho el Hijo del Hombre; veamos, pues, en Él la promesa de nuestro triunfo. El desarrollo de la divinidad en nosotros no es sino cuestión de evolución.

La evolución externa puede ser dividida en submoral, moral y supramoral. Es submoral cuando la distinción entre el bien y el mal no es todavía percibida, y cuando el hombre se abandona a sus deseos sin protesta ni escrúpulo; es moral cuando esta distinción tiene lugar, y se hace más definida, más absorbente, y cuando el hombre se esfuerza en obedecer a la ley; y es supramoral, en fin, cuando la ley externa es sobreexcedida y la naturaleza divina dirige sus vehículos.

La condición moral reconoce a la ley como un dique legítimo, como una saludable restricción. «Haz esto; evita aquello». Así, pues, el hombre se esfuerza de este modo por obedecer a la ley, entablándose una lucha constante entre las naturalezas, superior e inferior. En el estado supramoral la vida divina en el hombre encuentra su natural expresión sin dirección exterior. Un hombre semejante ama, no porque su deber sea amar, sino porque él es amor. El obra según las nobles palabras de un iniciado cristiano. «En modo alguno según la ley o la orden de la carne, sino según el poder de una vida infinita». La moralidad es excedida cuando el

hombre se encamina hacia el Bien. Así como la aguja imantada se dirige hacia el Norte, del mismo modo la divinidad en él busca siempre lo que puede ser mejor para todos. Para un hombre semejante no existen ya más combates, puesto que la batalla ha sido ganada: el Cristo ha alcanzado su perfecto desarrollo; El se ha convertido en el Cristo triunfante, dueño de la vida y de la muerte.

Este estado de la vida de Cristo, o de Bud-dha, comienza con la primera gran iniciación. El iniciado es entonces a manera de un «recién nacido», o algunas veces es también el «infante de tres años». El hombre debe convertirse de nuevo en un «inocente niño» para «entrar en el reino de los cielos». Cuando ha franqueado este umbral, nace entonces a la vida del Cristo, huella con sus pies «el camino de la cruz» y avanza a través de los sucesivos portales del sendero. Llegado al término de su peregrinación, y definitivamente libre de la vida limitada, así como de los lazos de la esclavitud, muere a tiempo para vivir en la eternidad, se hace consciente de sí mismo como vida más bien que como forma. No cabe duda de que en el principio del Cristianismo este estado de la evolución fué reconocido definitivamente como el objeto posible de todo cristiano. ¿No estaba San Pablo ansioso de que el Cristo naciese en todos sus convertidos?

¿No demuestra este solo versículo suyo, que en el ideal cristiano el estado de Cristo era mi-

rado como una condición interna, así como el período final de la evolución de todo creyente? Sería bueno que los actuales cristianos lo reconociesen, pues entonces cesarian de mirar la vida del discípulo, acabando en el hombre perfecto, como una importación exótica en Occidente, de un pensamiento germinado en las lejanas tierras del Oriente. Este ideal forma parte de todo verdadero Cristianismo espiritual, y el nacimiento del Cristo en toda alma cristiana es verdaderamente el objeto de la enseñanza cristiana. El único objeto de toda religión es precisamente el conducir a este nacimiento, y si sucediese que esta mística enseñanza se perdiese, el Cristianismo perdería con ella el poder de elevar hasta Dios a aquellos que la practican.

• • •

La primera de las grandes iniciaciones es, pues, el nacimiento del Cristo, o de Buddha, en la conciencia humana. Ser iniciado es exceder la conciencia del yo, esta renunciación de todas las limitaciones. Todo estudiante de Teosofía sabe que en el estado de Cristo, esto es, el estado entre el hombre bueno y el Maestro triunfante, hay cuatro grados de desarrollo. Cada grado es marcado por una iniciación que conduce cada vez a una más grande expansión de la conciencia, la cual alcanza los más vastos límites impuestos por el cuerpo humano. El

cambio que se opera en el primer grado es el despertar de la conciencia en el mundo espiritual, en el mundo donde la conciencia se identifica con la vida, y cesa de identificarse con las formas que la aprisionan. Su característica es un sentimiento de súbita expansión y de radiación que trasciende los límites habituales de la vida y da la certeza de un Yo divino y poderoso, que es vida y no forma, que es gozo y no dolor, el sentimiento de una profunda paz que sobrepaja todo cuanto se puede soñar en el mundo. Con el abandono de las limitaciones aumenta la intensidad de la vida; diríase que en el regocijo de haber roto las ligaduras que le aprisionaban, penetra en el interior de todas las cosas a la vez, y tan realmente percibe este sentimiento, que toda vida en la forma es como la muerte y toda luz terrena a manera de tenebrosa noche. Es de una naturaleza tan maravillosa esta expansión, que parece que la conciencia se reconoce por primera vez, pues todo cuanto había hasta entonces considerado como conciencia, es considerado desde este momento como inconciencia, en presencia de la vida que se revela. La conciencia del yo, cuyo gérmen apareció con la infantil humanidad que se desarrolla, crece y se expansiona siempre en las limitaciones de la forma, creyéndose separada, sintiendo siempre al «yo», hablando siempre de «sí» y de lo «suyo», esta propia conciencia siente de repente a todos los yos como al único Yo, a todas las formas como a su propia forma.

El hombre perfecto ve que estas limitaciones fueron necesarias para la construcción de un centro de Seidad, en el cual pueda persistir su identidad, y al mismo tiempo siente que la forma no es sino un instrumento para su servicio, mientras que él mismo, conciencia viviente, es uno en todo cuanto vive. El conoce la entera significación de esta frase tan a menudo repetida, «la unidad de la humanidad», y siente lo que es vivir en todo cuanto vive y se mueve.

Esta conciencia es acompañada de un inmenso goce; este goce de la vida que, aun en sus más íntimas manifestaciones sobre la tierra, constituye uno de los éxtasis más profundos que el hombre conoce. Esta unidad no es solamente el intelecto quien la ve, sino que es sentida como satisfaciendo la sed de unión que conocen todos aquellos que han amado; es ésta una unidad sentida dentro, y no fuera; no es una concepción, es una vida. ¡Cuántas antiguas páginas han simbolizado este nacimiento del Cristo en el hombre, figurando siempre las mismas imágenes, y, sin embargo, cuán groseras e insuficientes son todas estas palabras elaboradas en el mundo de las formas cuando se trata del mundo de la vida!

Por lo tanto, el niño debe convertirse en el hombre perfecto, y para llegar a esto tiene muchos trabajos que cumplir, muchas angustias que afrontar, sufrimientos que padecer, combates que librar y obstáculos que superar, antes de que el Cristo, débil niño en la cuna, alcance

la estatura del hombre perfecto. Le es preciso vivir una vida laboriosa en medio de los hombres sus hermanos; hacer frente al ridículo y a la desconfianza y afrontar el menosprecio con que fué recibido siempre un divino mensaje; debe sufrir la agonía del destierro, la pasión en la Cruz, así como la obscuridad de la tumba.

Todo esto se presenta ante el neófito en el sentido que acaba de entrar.

El discípulo debe aprender, por medio de una continua práctica, a asimilarse la conciencia de otro, y franquear así «la herejía de la separación» que le hace mirar a los demás como distintos de él mismo. La conciencia debe crecer por una práctica diaria, hasta que su estado normal se convierta en lo que sintió en el momento de su primera Iniciación. Con este fin se esfuerza, en su vida cotidiana, en identificar su conciencia con la de aquellos que se le aproximan; se esfuerza en sentir cuanto los demás sienten, a pensar lo que los demás piensan; a regocijarse con sus alegrías y a sufrir con sus sufrimientos. Gradualmente desarrolla la simpatía perfecta, una simpatía capaz de vibrar en armonía con todas las cuerdas de la lira humana. Se aplicará poco a poco, para poder responder a todas las sensaciones como si fuesen suyas, por elevadas o bajas que sean. Se identificará progresivamente con todos, y siempre en todas las diversas circunstancias de la vida. De este modo aprende la lección de las lágrimas, así como la de la felicidad, y esto no es posible

más que cuando ha excedido la conciencia del yo separado, cuando no pide nada para sí, cuando ha comprendido que no debe vivir en lo sucesivo sino la única y verdadera vida, la vida del Todo.

El neófito libra su más gran batalla cuando llega la hora de desprenderse de todo cuanto hasta entonces constituía su vida, su conciencia y su realidad; cuando suena la hora de marchar solo, desnudo, debiendo cesar de identificarse con ninguna forma. Entonces aprende la ley de la vida, por la cual puede manifestarse únicamente la divinidad interna; la ley que es la antítesis de su pasado. La ley de la forma consiste en efecto en tomar, mientras que la ley de la vida consiste en dar. La vida crece al derramarse a través de las formas que la contienen y es alimentada por el inagotable manantial de vida que está en el corazón del Universo; mientras más se vierte la vida al exterior, más grande es la afluencia en el interior. Al joven Cristo, le parece en el primer momento que toda su vida le abandona, que sus manos quedan vacías después que ha vertido sus dones en un mundo ingrato. La eterna vida no vibra en él más que en el momento en que la naturaleza inferior es sacrificada toda entera; lo que se asemejó a la muerte, es ahora el nacimiento, la expansión en una vida más intensa. De este modo se desarrolla la conciencia durante todo el recorrido de la primera parte del sendero, la primera etapa.



Más tarde, aparece ante el discípulo *el segundo portal de la Iniciación*, simbolizado en las escrituras cristianas por el bautismo del Cristo. Entonces, mientras se halla sumergido en las aguas de las angustias del mundo, el río donde desciende cada salvador para recibir en él el bautismo, una nueva oleada de vida divina penetra en él, y siente conscientemente que él es el hijo muy amado, y que la vida divina del Padre encuentra en él su más amplia expresión.

Siente iluminar su conciencia con la vida de la mónada «su padre que está en el cielo», y comprende que es uno, no solamente con los hombres sino también con su Padre celestial. Siente que no vive en la tierra sino para ser la expresión de la voluntad del Padre, y su vehículo manifestado. Su ministerio acerca de los hombres se convierte desde entonces en un hecho tangible en su vida. El es el hijo que los hombres todos deben escuchar, puesto que la vida oculta fluye de su ser en oleadas, puesto que se ha convertido en el centro por el cual esta divina vida puede manifestarse al mundo exterior. El es el sacerdote del Dios misterio, el Dios revelado que se adelanta con radiante y gloriosa faz, reflejando la divina luz que brilla en el santuario.

En este momento comienza la tarea del amor, simbolizado en su expresión externa por la ardiente sed de curar y ayudar. Las almas que ansían vida y luz, se amontonan a su alrededor atraídas por su fuerza interna, así como por la fuerza divina manifestada en el hijo elegido por el Padre. Las hambrientas almas vienen a El, y El las alimenta, acuden a El las almas devoradas por los pecados, y su divino verbo las sana; las almas cegadas por la ignorancia le buscan y también su sabiduría las ilumina. El abandonado y el pobre, el desesperado y el envilecido, acuden del mismo modo a El, sin experimentar el menor sentimiento de separatividad; he aquí una de las señales de un Cristo en su ministerio. Los desvalidos sienten la fuerza atractiva de una simpatía que nada ni a nadie rehusa, pues la bondad irradia de todo su ser, y el amor, el amor que todo lo comprende, alumbra su alrededor. El ignorante no sabe que tiene ante sí un ser que se encamina hacia la divinidad; pero, sin embargo, siente el poder que eleva y la vida que anima; respira en su atmósfera una nueva fuerza y una nueva esperanza.

* *

Mas hele aquí ante el *tercer portal* que le conduce a un nuevo estado de progreso. Una vez franqueado este portal, experimenta un corto intervalo de paz, de gloria, de iluminación, sim-

bolizado en las Escrituras cristianas por la *transfiguración*. Esto es un alto en su vida, un corto reposo en su servicio activo, un viaje a la Montaña de donde surge la paz celestial. Él está allí, al lado de aquellos que le hayan ayudado en su camino hacia la divinidad, hacia esa divinidad que brilla un momento con toda su trascendental belleza. Durante esta tregua se le aparece su porvenir; una serie de cuadros se presentan sucesivamente ante su vista; ve los sufrimientos que le esperan, así como la soledad del Getsemaní y la agonía del Calvario. Entonces dirige sus ojos hacia Jerusalén, hacia la noche en la cual va a sumergirse por amor a la humanidad. Comprende que si quiere alcanzar la perfecta realización de la unidad, debe pasar por la quinta esencia de la soledad. Aunque consciente hasta aquí de su creciente vida, le pareció siempre que le venía del exterior; mas ahora va a realizar que su centro está en él mismo. Es, en efecto, en la soledad del corazón que sentirá la verdadera unidad del Padre y del Hijo; unidad interna y no externa; para que esto sea, perderá hasta la visión de su Padre; todo contacto con los hombres y aun con Dios debe cesar, para que en su propio espíritu pueda encontrar al Uno.

Mientras que la hora sombría se aproxima, el nuevo Cristo se siente cada vez más sobrecogido, pues todas las humanas simpatías que creía haber adquirido por su vida y sus servicios pasados, le abandonan; y en el momento más crí-

tico, cuando busca a su lado una amistad que le conforte, aquellos que más amó yacen sumergidos en una letárgica indiferencia. Entonces le parece que todo lazo humano se ha roto, que todo amor humano no es sino un sarcasmo y toda la humana fé una traición. Entonces penetra en sí mismo y reconoce que sólo le resta el lazo con el Padre que está en el cielo, y que le es inútil toda ayuda humana. Se nos dice que durante esta soledad el alma está llena de amargura; que rara vez se atraviesa este abismo del vacío sin exhalar un grito de angustia. Entonces es cuando la agonía arranca esta exclamación de reproche: «¿No podéis permanecer una hora conmigo?» Mas ninguna mano humana puede estrechar las suyas en este Getsemaní de desolación.

Cuando es franqueada esta noche de desamparo y a pesar del dominio de la naturaleza humana, bebiendo de la copa que le fué ofrecida, sobreviene la más negra noche en esta hora sombría; un abismo parece abrirse entre el Padre y el Hijo, entre la vida encarnada y la vida infinita.

En Getsemaní, privado de toda amistad humana, la divina presencia del Padre constituyó para él todo una realidad, mas en lo sucesivo esta presencia se vela y el Cristo queda solo en la Cruz. Esta es la prueba más amarga del Iniciado; ha perdido toda conciencia de su divinidad, y la hora de la esperada victoria se convierte en la hora de más profunda ignominia.

Todos cuantos enemigos le rodean triunfan; sus amigos y aquellos que le amaban le han abandonado; la divina ayuda se ha hundido bajo sus pies; bebe hasta la última gota de la copa de la soledad y del aislamiento; ningún contacto con el hombre ni con Dios vienen a echar un puente en el vacío donde está suspendida el alma impotente. Entonces, de este corazón que sangra, aislado de todos, y aun del Padre, se escapa el grito de angustia: «¡Dios mío! Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

¿Por qué debe experimentar esta última prueba, este último suplicio, esta ilusión, la más cruel de todas? Ilusión, en verdad; pues el Cristo moribundo es, de todos los hombres, el más próximo al Corazón Divino. Esto sucede, porque es preciso que el Hijo sepa que es uno con el Padre a quien busca, porque debe encontrar a su Padre no solamente en él, sino que debe reconocerlo como su más profundo Yo. Cuando sabe que lo eterno es él mismo y que él mismo es lo Eterno, solamente entonces se ha elevado para siempre por encima de la conciencia de la separación; entonces, y solamente entonces, puede ayudar efectivamente a su raza, y convertirse en una parte consciente de energía elevadora.

* *

He aquí, por último, el *cuarto portal*. El Cristo triunfante, el Cristo de la resurrección y

de la Ascensión ha sentido las amarguras de la muerte, ha conocido todos los humanos sufrimientos y se ha elevado por encima de ellos por el poder de su propia divinidad. ¿Quién puede ahora perturbar en lo sucesivo su paz? ¿Quién podrá hacer caer sus extendidas manos para ayudar a los hombres?

Mientras holló con sus pies el estrecho sendero, aprendió a ser el receptáculo de la corriente de las humanas miserias, y a devolverlas como corriente de paz y felicidad. Esta era su labor entonces; entonces, esto formaba parte del dominio de su actividad, el cual consistía en transmutar las fuerzas discordantes en fuerzas armónicas.

Es preciso que ahora emplee estas fuerzas en beneficio del mundo, en beneficio de esta humanidad, de la cual él es la florecencia. De este modo el Cristo y los discípulos cada uno en proporción de su adelanto, protegen y ayudan al mundo. ¡Cuánto más encarnizadas serían las luchas, cuanto más desesperados los combates de la humanidad, sin la presencia aquí abajo de aquellos cuyas manos sostienen el pesado Karma del mundo!

Aun aquellos que comienzan apenas a poner los pies *en el estrecho sendero*, se convierten en las fuerzas que ayudan la evolución como lo son desde luego todos aquellos que trabajan sin egoísmo en beneficio de los demás, si bien en un grado mayor que los primeros cuya acción es continua y deliberada. El es sabio, y

su sabiduría nos hace más sabios a todos, pues su vida circula en las venas de los hombres y está en todos los corazones. El no está ligado a ninguna forma, ni tampoco separado de ninguna. El es el hombre ideal, el *hombre perfecto*; cada ser humano es una célula de su cuerpo, y cada célula es nutrida por su vida.

¡Hubiera en verdad, valido la pena que hubiese sufrido las angustias de la Cruz, después de su penosa marcha por el sendero que conduce al árbol de la vida, sino se hubiese tratado más que de ganar su propia salvación o su reposo? ¡Cuántos sacrificios para una ganancia semejante! ¡Cuán amargos combates para un tal precio! No, no; en su triunfo la humanidad entera triunfa; el sendero se ha hecho más corto para todos aquellos que lo pisan; la evolución, la raza entera ha avanzado y se ha hecho más corta la peregrinación de cada hombre. Este es el pensamiento que le inspiró en lo más intenso del combate, el que sostuvo sus fuerzas y endulzó su amarga angustia. Todos los seres, desde los más débiles a los más degradados y los más ignorantes, están más cerca de la luz cuando un Hijo del Altísimo ha terminado su ascensión. La evolución será más rápida cuando un mayor número de estos hijos de Dios se hayan elevado triunfantes y hayan entrado en la vida consciente y eterna. La rueda que eleva al hombre hasta la divinidad girará más de prisa cuando un número mayor de estos hombres lleguen a ser conscientes y divinos.

* *

He aquí la fuerza que estimula y debe obrar en aquellos de entre nosotros que en sus inspiradas horas han sentido el poder de atracción de la vida divina, de difundirse en todas direcciones por amor a los hombres. Pensemos en los pesares del mundo que sufre sin saber porqué; en la miseria, en la desesperación de los hombres que ignoran por qué viven y mueren, y que día tras día y año tras año, ven caer sobre ellos el sufrimiento sin encontrar la razón de ser del mismo, que luchan con la energía de la desesperación, o se rebelan con furor contra unas condiciones que no pueden comprender ni justificar. Pensemos en la agonía que constituye su herencia engendrada por su ceguera, y en la obscuridad en que se agitan sin esperanza, sin aspiraciones, sin el conocimiento de la verdadera vida y de la belleza que se oculta tras del velo. Pensemos en los millones de hermanos nuestros sumergidos en la noche; nosotros podemos ayudarles un paso hacia la luz, mitigar sus sufrimientos, disminuir su ignorancia, abreviar su marcha hacia aquel conocimiento que es luz y vida. ¿Quién es aquél de entre nosotros que, sabiendo todo esto un poco no se daría enteramente todo en bien de aquellos que no saben nada? Por la Ley inmutable, por la Verdad invariable, por la vida infinita de Dios, sabemos

que la divinidad está en nosotros, y que, aunque en la hora actual desconozcamos todo su valor, sus posibilidades, sin embargo, son infinitas y están siempre dispuestas para elevar al mundo. ¿Quién es, pues, de entre nosotros, capaz de sentir las pulsaciones de la vida divina? ¿Quién no será atraído por la esperanza de ayudar y bendecir? Y si esta vida no se ha sentido más que débilmente y por un solo instante, si todavía no ha librado más que una sola vez en el corazón, no dudemos que este corazón encierra el poder que será la vida del Cristo, que tal vez está próximo el día del nacimiento del niño Cristo, y que este corazón que comienza a vibrar señala la florecencia de la futura humanidad perfecta.

FIN

**Esta Edición de 2,000 ejemplares se terminó
de imprimir el día 3 de Diciembre de 1979,
en Impresos Mexicanos Gomygar, S. A.**

Tilos # 46-B

México, D. F.

LEWIS GARCANO
IMPORTADOR
836